

Sin Mar



*Una despedida,
siete relatos
y un viaje*

de Cherr

Lectulandia

Esto no es una novela corta, pero tampoco es un relato largo. Es una despedida amarga, un quejido, un llanto, un paseo de la mano de Javier por la vida de sus hijos, los hermanos más famosos de Sin Mar. Esto es el inicio, la base de todo. Es la historia de un hombre que se rehízo a sí mismo una y otra vez para convertir a sus hijos en lo que son.

Aquí vas a encontrar un inicio con sabor a final, siete relatos y un viaje que lo cambiará todo y volverá a ser el inicio, otra vez. Bienvenido al Sin Mar de antaño, al de ahora y al del futuro, porque esta urbanización, para muchos y muchas de nosotros/as, ya es eterna.

Lectulandia

Cherry Chic

**Una despedida, siete relatos y un
viaje**

Sin Mar - 00

ePub r1.0

Titivillus 15.09.2018

Título original: *Una despedida, siete relatos y un viaje*
Cherry Chic, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis lectoras y lectores,
sois el motor que impulsa
este sueño.

Besos amargos, una despedida y cuatro vidas

A veces la vida te pone en una situación que sabes que será el punto de partida de algo nuevo y grandioso. Una de esas escenas que lo cambian todo, para bien o para mal, y te vuelven del revés el alma, te deja el pulso tembloroso y te hace replantearte toda tu existencia.

Esta es una de esas veces. Llevamos siete meses esperando este momento. Siete meses... Dios, serán tan pequeños que me da miedo pensar en mirarlos, cuanto más en tocarlos o cogerlos en brazos.

Miro el reloj nuevamente. Han pasado muchas horas desde que entramos en este hospital, diría que demasiadas. Acaricio la frente de la mujer más preciosa, valiente y constante que he conocido en mi vida, retiro el pelo sudado que se resiste y miro sus increíbles ojos. Dios, qué bonita es. Los médicos me urgen para que suelte la camilla y la deje ir, pero yo no puedo hacer otra cosa más que mirarla e intentar que mi aparente y fingida calma llegue a ella. Nunca he visto su rostro tan demacrado y estoy más asustado que en toda mi vida, pero tengo que confiar en que todo irá bien.

—Javier, Javi, escúchame. —Su mirada busca la mía y sé que no se conforma con que se la devuelva. Quiere que ponga todos mis sentidos en ella—. Sé el padre que siempre soñaste ser y no permitas que nada, ni siquiera el dolor, te desvíe del camino.

—No hagas esto, Abi. —Ella sonrío y yo aprieto la mandíbula, intentando contener el dolor y la incertidumbre—. No te atrevas a despedirte de mí, ¿me oyes? Ni se te ocurra despedirte de mí. Vamos a tener un montón de bebés y vamos a estar bien. Volveremos a casa todos juntos.

—Pero si no lo hago...

—Lo haremos.

—Javier...

—Lo haremos, mi amor, lo haremos.

—Tenemos que llevárnosla ya —dice el doctor antes de empujar su camilla y obligar a nuestras manos a separarse.

Empiezo a perderla de vista y, antes de que la camilla atraviese la puerta, me levanto y grito bien alto las palabras que nunca permito guardarme cuando me despido de ella, ya sea para ir a trabajar, comprar el pan o, simplemente, salir a echar la basura.

—¡Te quiero, Abi! Te quiero más que a mi vida, ¿lo sabes?

Siento su risa brotar en el aire, me devuelve un «Te quiero» que oigo lejano y me obligo a sonreír pensando que pronto, muy pronto, tendré que multiplicar esas palabras por cuatro.

¡Vamos a tener cuatrillizos!

Todo irá bien.

Todo tiene que ir bien.
No hay otra opción.

Dos meses después

Cuando Paco aparca su furgoneta frente a mi casa siento que el vello se me eriza, pero no para bien. Miro atrás, donde dos cestas enormes sujetan a mis cuatro hijos. No he visto a Paco conducir tan lento en mi vida, pero no voy a criticarlo, dado que yo ni siquiera me he visto capaz de conducir solo con ellos.

Nuestro primer día en casa.

Confieso que nunca imaginé que sería así. El recuerdo de Abigail recortando las flores de la entrada poco antes de parir me golpea nada más bajar de la furgoneta. Puedo verla en cada rincón, todo está impregnado de su esencia y, aunque ya hayan pasado dos meses, sigo viviendo en una nebulosa de dolor, porque se fue y me dejó solo con una casa inmensa, cuatro recién nacidos que han necesitado incubadora y cuidados especiales hasta ahora y el dolor más desgarrador que he sentido hasta la fecha. Solo pensar en ella hace que el corazón me duela y las lágrimas quieran salir, pero no voy a llorar. No puedo manchar este día de dolor. No es lo que ella querría, estoy seguro.

—¿Abres la puerta de casa, Javi? —pregunta Paco.

Asiento sin mirarle, voy hacia la entrada y abro mientras mi amigo entra con las dos cestas bien sujetas. Las pone en el suelo, saca a los cuatro bebés uno a uno y los coloca sobre el sofá, bien juntitos para que se den calor, que es una recomendación que me han dado en el hospital. Son tan pequeños... Voy hacia mi amigo y me pongo frente a ellos, mirándolos y llenarme de amor, intentando dejando fuera el resto de sentimientos. Recuerdo que, durante los primeros días de sus vidas, sentí tanta ira y tanto dolor que apenas era capaz de mirarlos sin pensar que, por culpa de ellos, mi mujer ya no está conmigo. De inmediato el sentimiento de culpabilidad aparecía, pero eso no aliviaba el primero, solo sumaba más dolor. Fueron días complicados, el entierro de Abi, recibir a su familia, la oferta de mi odiosa suegra de quedarse con los niños ahora que su hija no estaba... Dios, ¡si ni siquiera se interesó jamás por el estado de Abi! No iba a dejarle a mis hijos para que los amargara de la misma forma en que amargó la vida de mi mujer. Ellos son míos, su madre ya no está, pero, mientras yo esté vivo, son mi responsabilidad y conseguiré, de alguna forma, criarlos y que sean personas de bien. Es cierto que ahora mismo estoy muy perdido, pero tengo tiempo más que de sobra para aprender a ser padre.

—Yo tengo que irme, el bar y eso, ya sabes...

Asiento. Paco tiene un bar que está despegando ahora, se ha casado no hace mucho y trabajan a destajo para sacar el negocio adelante en una urbanización que

está bastante lejos de la ciudad, donde solo nos tiene a los vecinos como clientela. Afortunadamente, casi todos somos muy de comer fuera cada pocos días.

—Tranquilo —respondo—. Yo voy a darme una ducha y organizaré un poco mi habitación para que esta noche durmamos todos juntos.

—Conchi vendrá ahora. Si necesitas cualquier cosa, llámala, o llama a los Sanz. ¿De acuerdo? —Asiento, pero él coge mi brazo con fuerza y me obliga a mirarlo—. No estás solo, Javi. No tienes que hacer esto solo a la fuerza y no tienes que demostrar nada a nadie. Serás un gran padre.

Asiento de nuevo, pero es evidente para los dos que, ahora mismo, me cuesta demasiado creer en sus palabras.

Paco sale de casa y yo miro al sofá, a mis hijos. Tres niñas y un niño... Sonrío un poco y centro mi atención en la repisa que hay junto a la tele.

—Tuviste razón —susurro—. Ganaste la apuesta, mi amor.

Algo se retuerce dentro de mí cuando me acerco a la urna que contiene las cenizas de mi mujer. Acaricio con mano temblorosa el grabado con su nombre y cierro los ojos, obligándome a contener mis emociones. Recuerdo el día que abrimos las apuestas sobre los sexos de los bebés, puesto que al principio fue difícil verlos y, al final, no quisimos saberlo. Yo apostaba por dos niños y dos niñas, pero Abi decía que no, que seguro que teníamos todo niñas, o tres niñas y un niño, para que las mujeres nos volvieran locos en esta casa y en la urbanización.

Dios, parece que haya pasado un siglo...

Oigo un llanto y me giro para ver de quién se trata. Esme, la mayor, grita desconsolada mientras se chupetea los puños, así que debe tener hambre. Voy a la cocina corriendo y empiezo a preparar la leche tal como me explicaron en el hospital. Durante este tiempo ya los he alimentado cuando me dejaban, puesto que tenían sondas y mil cables, pero no es lo mismo hacerlo bajo vigilancia que así, completamente solo ante el peligro. Para cuando tengo un biberón listo, los otros tres también lloran con fuerza, así que tenso los hombros y trabajo de manera mecánica, intentando que sus gritos no me pongan nervioso, porque entonces tardaré más.

Llego al salón y me enfrento a uno de los dilemas más grandes que sufro desde que soy padre. ¿A quién alimento antes? Son cuatro, yo tengo dos manos y todos parecen igual de hambrientos. Decido ser justo y darle un biberón a Esme, la que nació primero y empezó a llorar antes, también. El segundo se lo doy a Amelia; es la más chiquitita de todos y vivo con pánico a que baje de peso y tenga que volver al hospital. Ellas se agarran con fuerza y Alejandro y Julieta lloran, también con fuerza. Aprieto la mandíbula y me mantengo firme, solo serán unos minutos, no va a pasarles nada por esperar un poco, pero son tan pequeños e indefensos... Y no puedo dejar de imaginar a Abi aquí, a mi lado, dando de comer a los dos que faltan. Éramos el tándem perfecto, estábamos destinados a hacer esto con organización y trabajo en equipo, pero ahora resulta que tengo que hacerlo todo yo y está claro que tengo que idear mejores formas de organización, porque esperar a que uno empiece a llorar solo

lleva a esto; el agobio extremo, dos niños rojos de tanto retorcerse y las otras dos alimentándose intranquilas, nerviosas por tener tanto ruido alrededor. Cuando por fin comen voy corriendo a la cocina, caliento más leche al baño María y vuelvo para alimentar a Álex y Julieta.

Al acabar, por fin, me doy cuenta de que Esme se ha hecho caca y, cuando la cojo del sofá, muevo a Álex sin querer y vomita, porque es muy propenso a regurgitar. Si no lo limpio pronto la leche agria dejará un olor insoportable en su ropa, pero antes va el pañal de Esme. Cambio a una de pañal, a otro de ropa y, para cuando acabo, vuelvo a tener pañales sucios. Trabajo mecánicamente, sin pararme y sin mirar la urna que reposa en la estantería. No quiero ni pensar que ella pueda estar mirándome desde alguna parte, porque la imagino negando con la cabeza, sin saber bien si reírse o llorar y sintiendo lástima de mí. ¡Con la rabia que me da que sientan lástima de mí!

Voy a hacer esto solo, puedo hacerlo. Voy a ser capaz de criar a mis hijos sin la ayuda de nadie. Estoy completamente seguro.

Cinco horas después, Conchi coloca a Julieta en la cuna y me sonrío con dulzura. Yo salgo de la habitación, ignorándola y pensando muy seriamente que mis hijos me odian, porque conmigo lloran más que con nadie y así, lo de hacer esto solo, va a resultar muy complicado.

Mi vecina es mayor que yo, podría ser mi madre, en realidad y, de no ser por ella, creo que no habría podido superar los primeros días en el hospital. Es una mujer de la vieja escuela, estricta en su forma de hablar y seria en apariencia, pero con un corazón de oro. Intenté alejarla de mí, pero volvía cada día, ya fuera a casa, para proveer la nevera de alimentos, o al hospital para ayudarme con los niños. Ahora que todos estamos aquí, creo que no voy a poder echarla. Y la verdad, ya no sé si quiero. No sé si puedo ocuparme de esto solo, por más que me prometa que sí para darme fuerzas a mí mismo.

—Necesitan a su madre —digo cuando Conchi aparece en la planta de abajo.

Estoy sentado en el sofá, mirando fijamente la urna de Abi y aguantando las ganas de llorar, otra vez, su pérdida.

—Necesitan a su padre, que es lo que tienen ahora, Javier —dice ella con voz firme.

—Conchi... —murmuro con la voz rota.

—No, ¿me oyes? No puedes volver a eso. —Suspiro y ella se pone frente a mí, sentándose en la mesita baja del salón y mirándome con firmeza y la mandíbula tensa—. No voy a permitirte que vuelvas a llorar. Tú no puedes permitirte.

—Abi sabría...

—Abi no tendría ni idea de cómo hacerlo, igual que tú. Sería muchísimo mejor que estuviera, porque así tendrías un apoyo constante y el agobio sería compartido, pero quítate de la cabeza la idea de que ella sería la madre perfecta y tú un inepto,

porque no es así. Esos niños necesitan a su padre, que es el que está vivo. —Suspira, como si odiara hablarme así, quizá porque así sea, y prosigue—. Ella se ha ido y tienes que despedirte para siempre, Javier.

—No puedo. Soy incapaz de aceptar que se fue. Miro su urna y...

—Es que esa urna no tendría que estar ahí. —La miro con los ojos de par en par, pero ella no se corta y sigue—. No puedes vivir mirando a la repisa cada vez que tomas una decisión con respecto a tus hijos, como si esperases su aprobación. Ella no está ahí, Javi. Sus restos reposan dentro de esa urna, pero su esencia ha desaparecido. Puede que te vea desde alguna parte, yo creo que sí, pero lo que es seguro es que no está encima de la repisa, poniéndote a prueba y midiendo tu valía como padre.

Medito sus palabras y llego a la conclusión de que tiene razón. Estoy esperando la aprobación de mi difunta mujer constantemente, cuando eso es imposible. Tengo que dejar de pensar en qué haría Abi en mi situación y hacer lo que mi instinto me pide. No va a ser fácil, ni un camino de rosas, pero, si pongo en esto todo mi esfuerzo y mi atención, quizá consiga sacar adelante a mis cuatro hijos y convertirlos en adultos más o menos decentes.

Yo, que tan alegre he sido siempre, no puedo permitir que la tristeza se apodere de mí y de esta casa. Mis hijos siguen mereciendo un futuro libre de sentimientos negativos. Tengo que crear el hogar que siempre quise para ellos, aunque su madre no esté.

—¿Crees que seré un buen padre? —pregunto.

Ella sonrío y palmea mi rodilla con cariño antes de contestar con voz enérgica, como siempre.

—Creo que serás el mejor padre de todos, cuando por fin te dejes ir y lo hagas a tu manera. Y te digo esto a sabiendas de que muchas cosas que harás a tu manera me cabrearán, pero así me darás la excusa perfecta para ser la vecina cascarrabias y metomentodo que todas las urbanizaciones tienen. Sin Mar no iba a ser menos, ¿verdad? —Sonríó un poco y ella acaricia mi mejilla de la misma forma que lo haría una madre—. Vas a ser un buen padre, pero cuando te entren las dudas, recuerda una cosa: esos niños ya pertenecen a Sin Mar y nunca nunca nunca permitiremos que estén solos.

Asiento, intentando recordar eso. Una de las razones de que Abi y yo fuésemos tan felices en Sin Mar es que los vecinos son como una gran familia. Aquí no puedes estar solo ni aunque sea lo que deseas.

—Solo espero que no sea siempre así de duro y extenuante —susurro—. Estoy agotado, Conchi. Estoy tan cansado que solo quiero hacerme un ovillo y desaparecer unas horas del mundo para poder dormir y coger fuerzas.

—Crecerán, Javier, no será así de duro siempre. Algún día dejarán de llorar cada pocos minutos u horas y dormirán la noche entera. Comerán por sí solos, caminarán, dejarán los pañales, correrán por la calle, romperán mis macetas, se rasparán las rodillas, darán su primer beso, se pelearán entre ellos, pero no permitirán que nadie

de fuera insulte o menosprecie a alguno de sus hermanos. Sufrirán el primer amor, y luego el desamor y, al final, con suerte, encontrarán a alguien capaz de quererlos por lo que son. Todo eso pasará y tú lo verás con una sonrisa, porque volverás a ser feliz, aunque ahora te parezca algo imposible.

Niego con la cabeza, emocionado por sus palabras y contento por todo lo que me ha dicho, menos por el final. Las lágrimas me brotan de los ojos antes de ser capaz de frenarlas y la miro poniendo en mis ojos el peso de todo el dolor que siento.

—No sobreviviré a la muerte de Abi...

—No digas eso. —Palmea mi mejilla con fuerza, casi podría decir que es un guantazo, pero no llega a eso, tampoco—. Nunca más vuelvas a decir eso. Vas a sobrevivir a su muerte, superarás este dolor que ahora parece llenarlo todo. Un día volverás a mirar a los ojos de una mujer y sentirás lo que es amar.

—No no no. Yo no amaré a nadie como a Abi.

—No, eso es verdad. No amarás a nadie como a Abi, porque eso sería injusto para las dos. Amarás a alguien como esa persona merece ser amada, porque será alguien distinto y con valor suficiente para conseguir que quieras quedarte a su lado. Será un amor distinto, pero no por eso menos importante, o menos grande.

Niego con la cabeza de nuevo, convencido de que eso no pasará. Yo tengo cuatro hijos a los que criar, una hipoteca, un trabajo que me absorbe y que tendré que cambiar en un futuro si quiero pasar más tiempo en casa y un millón de problemas más. Lo último que quiero pensar ahora es que un día aparecerá una mujer que hará temblar mi mundo. No pasará, estoy seguro. Yo no podré enamorarme de nuevo porque Abi se ha llevado todo lo que soy con ella, por mucho que Conchi diga que, lo que habla, es mi dolor.

—Estoy muy cansado —digo al final—. Creo que voy a intentar dormir.

—Haces bien. Vendré por la mañana para que puedas ir a trabajar.

—He contratado a una canguro.

—A saber cómo será. No me fio de la gente extraña. Yo vengo, la vigilo y así sabe que la ato en corto y no se puede pasar ni medio pelo con mis niños.

Me río entre dientes, pero en el fondo agradezco que venga. En mi trabajo ya no me dan más días de baja. Son unos explotadores, se saltan la mitad de las leyes a la torera y, tal y como está el panorama, no puedo permitirme perderlo, así que me toca pasar por el aro y reincorporarme cuanto antes, porque los gastos ya me comen teniendo un sueldo, así que no quiero imaginar cómo sería mi situación si me quedara en el paro.

Me despido de Conchi, subo las escaleras y entro en mi dormitorio. Una sola cuna y cuatro bebés... En teoría, cada uno irá a su habitación en cuanto dejen de caber en la cuna, pero creo que, con lo poco que duermen, antes acabaré arrastrando colchones a mi dormitorio, porque no pienso pasarme la noche dando paseos de una habitación a otra.

Cuando me coloco frente a la cuna siento todo el amor del mundo concentrado en

una parte del pecho, muy cerquita del corazón, y rezo en silencio para que ese hueco, que cada día crece más, no se deje contaminar por el dolor que recorre otras partes de mí. Ese hueco siempre estará puro y limpio; reservado para que descanse y crezca este amor que intuyo infinito.

—No sé bien cómo lo haré, estoy seguro de que voy a equivocarme mucho, pero espero que algún día, dentro de muchos años, cuando penséis en vuestra infancia, lo hagáis con una sonrisa en la cara, porque crear recuerdos inolvidables para vosotros será mi única misión desde este mismo instante. Bienvenidos a casa, hijos míos. Bienvenidos a Sin Mar.

Un pastel de chocolate, cuatro gominolas y lágrimas de cocodrilo

Tres años

—¿Sabes cuántos años tengo ya? ¡Eh! ¡Papá! ¿Lo sabes?

Miro los ojos azules de mi pequeña y me río entre dientes mientras ella se sujeta dos dedos de la mano para ser capaz de estirar los otros tres.

—¿Cuánto es eso? ¿Diez? ¿Cumples diez años?

—¡No! —Amelia suelta una carcajada y estira más los dedos—. ¡Tres, papi! ¡Tres añitos!

—¡Tres añitos! Dios mío, ¡eres enorme!

La cojo en brazos y la alzo sobre mi cabeza mientras ella ríe a carcajadas. Ha sido la primera en bajar a la cocina y estoy seguro de que Esmeralda, Julieta y Alejandro no tardarán en aparecer.

El tercer cumpleaños. Tres años de noches eternas, biberones, cambios de pañales, llantos nocturnos, cólicos y vomitonas. También han sido tres años de amor desmesurado, abrazos de madrugada, sonrisas desdentadas, primeros pasos, primeras palabras y muchos, muchos besos. Desde luego, las cosas positivas han enterrado las negativas y las han hecho desaparecer.

La mañana es calurosa, junio viene con fuerza y pienso, de manera irremediable, en la mañana que Abi me avisó de que tenía contracciones muy fuertes. Corrimos al hospital mientras pensábamos que estábamos a punto de vivir en primera persona el momento más feliz de nuestras vidas.

No lo fue. No puedo mentir y decir que ver a mis hijos me hizo el hombre más feliz del mundo. Los amé profundamente, pero era desgraciado. Lloraba por dentro y por fuera, pensando en el amor de mi vida y en la pérdida que habíamos sufrido los cinco, porque ellos quedaron huérfanos el día de su nacimiento y eso es algo que ningún niño debería sufrir.

Ahora, tres años después, creo que no lo he hecho tan mal. Parecen felices, crecen y, aunque no son los niños más grandes del mundo, por su condición de prematuros, son ágiles y tienen fuerza, así que no puedo pedir más.

Amelia es una niña sensible y dulce, siempre dispuesta a recibir y dar cariño. Empática al límite, o eso creo. Aún es pequeña, pero creo que será una gran chica.

Julieta, en cambio, va a darme dolores de cabeza. Lo sé, lo veo venir. Ha hecho más trastadas en tres años ella sola que el resto de sus hermanos juntos. No para ni un segundo, tiene los ojos vivos y puedo ver en ellos las ansias de comerse el mundo.

Álex es tranquilo casi todo el tiempo, siempre que no se deje mangonear por sus hermanas. Refunfuña y protesta a menudo, pero siempre las sigue a todas partes.

Esmeralda es seria y responsable. Demasiado, quizá, para una niña de solo tres años. A veces me preocupa que no parezca necesitar el contacto físico tanto como sus hermanos, pero luego pienso que tiene derecho a desarrollar su propia personalidad.

Son buenos chicos, dan muchos dolores de cabeza, pero, como dice Conchi, eso significa que están vivos y sanos.

—¡Quiero chocolate para desayunar! —grita Julieta cuando entra en la cocina.

Amelia la mira, aún con una sonrisa dibujada en la boca, y lucha por bajarse de mis brazos. Va hacia su hermana y la abraza.

—¡Ya tenemos tres añitos!

—¿Vamos a comer tarta de helado? —pregunta Julieta, demostrando que, a ella, lo que más le importa, es el dulce.

—¡Yo quiero piruletas! —Oigo la voz de mi hijo antes de que entre en la cocina—. ¡Y un caballo!

Me río entre dientes, porque lleva días pidiendo un caballo y, si no se puede, un barco. ¡Como si lo segundo fuese más fácil de conseguir y mantener!

—No hay caballo, ni barco, porque son muy caros.

Podría parecer que esa frase la he dicho yo, pero no; ha sido Esmeralda. Es tan estricta para tener solo tres años... Suspiro y me recuerdo, una vez más, que no pasa nada, es normal y no todos los niños son iguales.

—¡Sí hay! —grita Álex.

—No hay —dice mi hija, sin alterar su voz y alzando la barbilla de un modo bastante altanero.

Álex le hace una pedorreta y mi hija pone los ojos en blanco, como si no soportara su inmadurez, cuando ella tiene la misma edad.

Esto es lo mejor y lo peor de tener cuatro hijos iguales. Puedo maravillarme de que sean tan distintos en personalidad y, al mismo tiempo, asustarme, por si soy incapaz de controlarlos a todos, cada uno con su genio, hasta convertirlos en adultos.

Amelia hace un puchero cuando se da cuenta de que sus hermanos se están peleando y yo la cojo en brazos, consciente de que es una niña sensible en extremo. Paco dice que tengo que espabilarla, que no puedo criar una niña tan sentida, pero es que yo creo que ella, igual que sus hermanos, es perfecta así, sin que yo tenga que intervenir para modificar aspectos de su personalidad.

—No llores, ¿eh? —le advierte Julieta—. Como llores, no te damos pastel.

—Eh, señorita —intervengo—. ¿Quién eres tú para decidir a quién damos pastel y a quién no?

—Soy la reina.

—Ah, ¿sí?

—Sí, ¡mira!

Sale del salón a toda prisa y vuelve con una tiara plateada con plumaje rosa

alrededor. Se la compré hace unos días en el súper de Chinlú, un chino con un súper que vende de todo aquí, en Sin Mar.

—Ser una reina no te da derecho de mandarle a tu hermana.

—Yo creo que sí.

Me muerdo el labio para no sonreír ante su desparpajo y la señalo con el dedo índice.

—Yo decido quién come pastel y quién no. Y ahora sed buenos y desayunad mientras yo preparo algunas cosas para la fiesta.

Ellos obedecen, cosa rara, pero saben que hoy será un gran día y están ilusionados al máximo con eso de invitar a todos los niños y vecinos de Sin Mar a nuestro jardín.

Yo también estoy ilusionado, la verdad, es la primera vez que siento que la fiesta será genial. El primer año todo era caótico, ellos no se enteraban de nada y a mí me seguía pesando la muerte de Abi como una losa gigante encima de los hombros. El año pasado la cosa fue mejor, pero ellos aún no dormían bien del todo y el azúcar del pastel hizo que pasáramos la noche entre insomnios y vomitonas por comer tantas porquerías. Mi ánimo no fue el mejor y la fiesta no fue tan grande, porque aún eran pequeños.

Este año son conscientes de que cumplen años, más o menos. Tienen claro que van a recibir regalos y van a comer pastel y chucherías, viven el día con ilusión y yo puedo contagiarme un poco de esa alegría que, hasta ahora, me ha faltado.

La mañana transcurre con normalidad. Ellos juegan por toda la casa y el jardín, como siempre, y yo recibo la ayuda de los Sanz, que son unos vecinos de esta misma calle, más jóvenes que yo y recién casados; aseguran que quieren tener un montón de hijos y me gustaría avisarles de que es un arduo trabajo, pero, de nuevo, siento que no soy nadie para quitarle la ilusión a los demás. Menos aun cuando yo siento que todo ha merecido la pena por tener a mis hijos conmigo.

Al ser domingo todos en la urbanización, o casi, pueden venir, así que por la tarde la casa se convierte en un hervidero de gente. Los niños comen y ríen sin control, se dejan mimar por los vecinos y reciben regalos con sonrisas ilusionadas y gritos histéricos, en algunos casos. Yo los miro interactuar y pienso que no lo estaré haciendo tan mal, cuando sus risas llenan el jardín. En un momento dado entro en casa y miro la repisa que hay frente al sofá. Ahí sigue la urna de Abi, visible cada vez que paso por esta estancia, pese a que Conchi me ha recomendado hasta el cansancio que la ponga en otro sitio y deje de buscar su aprobación. Sé que tiene razón, que está mal esto que hago de mirarla y esperar algún tipo de pista acerca de qué hacer a continuación con mi vida, pero en todo este tiempo he sido incapaz de desprenderme de ella. No puedo cambiarla de sitio porque siento que estaría echándola de su propia casa. Ese es el problema... todavía miro esta casa como si fuera de los dos y mis sentimientos no quieren entender que no, que ya solo es mía porque ella se fue para siempre.

—Lo harás cuando estés listo.

Me giro y veo a Conchi mirarme con una pequeña sonrisa. El ruido que llega del exterior ha hecho que no haya oído cuando ha entrado. Sonrío sin despegar los labios y asiento una sola vez.

—Ojalá tengas razón —respondo, sin fingir que no sé de qué habla, porque eso, con ella, no funciona—. Necesito dejar de sentir que tengo que demostrarle a mi mujer fallecida que estoy haciéndolo bien. —Ella asiente con la cabeza y yo sigo—. Quizá el año que viene...

Conchi no contesta. Sé que le gustaría que dijera que voy a hacerlo ya, pero es que no puedo. Todavía no. Algún día...

Un llanto me saca de mis pensamientos y corro hacia la cocina, de donde procede, para encontrarme con Amelia llorando a lágrima viva, igual que Julieta, mientras Álex hace pucheros y Esme los mira casi con aburrimiento.

—¿Qué ha pasado?

—¡No me quería dar pastel! —Amelia hipa y señala a su hermana Julieta, que también llora desconsolada.

—¡Es que también era mío!

—¿Qué pastel? ¿De qué...?

—Ay, Dios.

Miro a Conchi, que está junto a la nevera. O más bien podría decir que está junto al pastel de cumpleaños que hay boca abajo en el suelo de la cocina. Miro a mis hijos, que me observan con cara de culpabilidad. Julieta no ha sido, su berrinche se debe a que no quiere compartirlo, no a que lo haya tirado. Amelia tampoco ha sido, porque sigue mirándolo con hambre, pese a estar desparramado en el suelo. Esme está tan tranquila que sé que no es la culpable. Miro a Álex, que hipa y hace pucheros, intentando llorar a conciencia. La culpa le pesa, pero no está tan arrepentido como para llorar sin esfuerzo y, cuando observo cómo se muerde el labio inferior con saña, lo confirmo. Intenta llorar para darme pena y que no le castigue. Estos hijos míos aprenden maneras de librarse de las consecuencias de sus actos a un ritmo tan veloz, que a veces no me da tiempo a procesarlo todo.

—¿Has tirado el pastel de cumpleaños?

—¡Ha sido sin querer! —exclama él de inmediato, reconociendo su culpa— Yo no quería.

Hipa y, esta vez, sí noto que las lágrimas acuden a sus ojos. Parecen sentidas y reales, pero sé que, con Álex, nunca se sabe.

—¿Por qué has abierto la nevera? ¿Por qué lo has cogido?

—Julieta quería un poquito. —Solloza y las lágrimas caen. Él no se las limpia y me mira con ojos brillantes y carita de bueno—. Le iba a dar porque soy bueno. Yo comparto.

—¡Yo no comparto! —grita Julieta—. ¡Era mía y ahora no hay!

—No era tuya —digo interrumpiéndola— Era de los cuatro y ahora no tenemos una tarta para soplar velas. ¿Sabéis lo que significa?

—¿Que ya no vamos a tener tres años? —pregunta Amelia llorando con una pena para nada fingida.

Casi me río por su pregunta, pero sé que, para un niño de tres años, puede tener toda la lógica del mundo.

—Ya tenéis tres años y eso no puede quitároslo nadie —digo— pero ahora no hay pastel para soplar las velas.

—Bueno, todavía tenemos algo —dice Conchi señalando la encimera.

—¿Gominolas? —pregunto después de mirar las chucherías que tenía reservadas para adornar la tarta casera de chocolate que hice anoche después de trabajar.

—Eso mejor que nada.

Me froto la frente y, cuando los vecinos empiezan a preguntar por los cumpleaños y la tarta, decido que lo mejor que puedo hacer es acabar el día de buen humor, así que le digo a Conchi que prepare las gominolas para repartirlas entre los niños del vecindario, recojo el estropicio que ha hecho la tarta en el suelo y me agacho frente a mis hijos.

—Eh, campeón, deja esas lágrimas de cocodrilo. Hoy cumplís tres años y no vale estar triste.

—Pero, ¿y el pastel? —pregunta Álex.

—Haremos uno mañana.

—Mañana ya no será nuestro cumple —me recuerda Esme.

—No, pero eso es bueno, porque podremos quedarnos todo el pastel para nosotros. Comeremos hasta empacharnos, ¿de acuerdo?

Ellos asienten y Álex corta sus lágrimas en seco, demostrándome que no eran tan sentidas como me quería hacer ver.

—Papi —dice cuando se pasa las manos por las mejillas, dejando un rastro de chocolate, o barro, a saber, en ellas.

—¿Sí, campeón?

—Te quiero mucho.

Sonrío y siento cómo mis pulmones se vacían mientras Álex me abraza y sus hermanas se unen a la muestra de cariño improvisada. Cierro los ojos y los acojo entre mis brazos, intentando impregnarme de la esencia de este momento y crear un recuerdo inolvidable para ellos y, sobre todo, para mí. Tres años de lágrimas, dolor y esfuerzo que se quedan en nada cuando ellos me dicen que me quieren y me abrazan, convencidos de que soy el mejor padre del mundo.

Salimos al jardín y clavamos las velas en gominolas sueltas. Por suerte, lo ven como algo divertido, en vez de como algo cutre, y las soplan con la emoción que solo los niños consiguen poner en algo tan simple.

Comemos chucherías, jugamos y, por la noche, cuando los meto en la cama, bajo al salón, me siento en el sofá y miro a la urna de Abi.

—Algún día no necesitaré mirarte cada noche mientras espero que digas que lo he hecho bien, mi amor —susurro—. Algún día podré hacerlo solo de verdad y te dejaré

marchar para siempre. Algún día...

Confesiones, rosas rojas y cosquillas por la mañana

Siete años

—¿De verdad no quieres quedarte? A mí no me importa.

Miro a la mujer que hay sobre la cama. Se llama Carmen, es guapa, lista y la causa de que yo haya dado, siete años después de la muerte de Abi, el paso necesario para volver a estar físicamente con una mujer. He difuminado el recuerdo de mi esposa y me he esforzado por no verla en el cuerpo de Carmen durante lo que ha durado el acto. Lo he conseguido, he disfrutado y he sentido, cuando alcanzaba el clímax, un estado de relajación física que no he conseguido experimentar en estos años de otro modo.

El problema es que, cuando todo ha pasado, he sentido ganas de vomitar, sudores fríos y el deseo férreo de volver a la seguridad de mi casa. Me siento asquerosamente culpable por haber estado con otra mujer siete años después, lo que me hace ver que yo pensé que lo de Abi estaba superado, por fin, pero no. Nunca podré hacerlo. Ahora mismo solo quiero llorar frente a la urna de mi mujer y pedirle perdón una y mil veces por haber faltado a todos nuestros votos. Quiero que entienda, desde donde esté, que no he podido evitarlo, que necesitaba volver a sentir el placer carnal, pero no puedo dejar de imaginar su cara de repugnancia si de verdad estuviese frente a mí, oyendo mis explicaciones.

—La niñera cobra por horas —le digo a Carmen con una sonrisa tan pequeña que seguramente haya pasado desapercibida—. Nos vemos, ¿vale?

—Javi, ¿estás bien?

Está preocupada, puedo verlo en sus ojos y, aunque me gustaría mentir con más facilidad, solo atino a asentir con torpeza antes de salir de su piso, murmurando palabras que, cuando llego al portal, no recuerdo.

Vuelvo a casa, a la seguridad de las paredes que tanto me reconfortan. Abro la puerta, subo las escaleras y busco las habitaciones de mis hijos, pese a saber que están vacías. Paco intentó convencerme de tomarme una noche libre, así que se los quedó y organizó una fiesta de pijamas para que yo estuviera tranquilo y volviese a casa sin prisas.

La casa está vacía y juro que nunca me ha resultado tan grande.

Cojo al osito Benny y recuerdo cómo lo usó Álex ayer mismo de rehén contra sus hermanas. No he conseguido que Julieta se quite las botas de agua, y eso que ya es verano y el calor aprieta. Ayer, después de que su hermano la atrapara y la obligara a ponerse de rodillas y jurar que haría su cama una semana entera, me dijo que quizá era hora de guardarlas y usar sandalias, como Esme y Amelia. No pude evitar soltar

una carcajada seca. Esta hija mía...

Me llevo a Benny abajo, entro en la cocina y cojo una botella de ron y un vaso. Me siento en el sofá y me bebo un trago a palo seco sin pestañear. Repito la acción varias veces y miro la urna. No me olvido ni un minuto de mirar a la urna. Sigue ahí, majestuosa, ocupando toda la estancia y mi vida por completo.

No sé por cuánto tiempo bebo, pero pasado un rato me levanto con un suspiro pesado, sintiendo los efectos del alcohol hacer estragos en mi cuerpo, me acerco arrastrando los pies y acaricio el grabado con el nombre de Abigail.

—A veces te odio por irte y dejarme así —susurro, sintiendo cómo me escuecen los ojos, y la voz, ronca por el alcohol y el dolor, se me rompe—. A veces, muchas más de las que me gustaría, desearía como nadie se imagina poder gritarte por atreverte a abandonarme. Te odio a ratos y luego me siento tan mal que te lloro más. Dime, ¿de qué manera soluciono esto? ¿Cómo recompongo mis pedazos de una vez y para siempre? ¡El tiempo no funciona! —Sollozo apoyando la frente en la urna y niego con la cabeza—. No funciona y siento que la ira me come cuando alguien me asegura que un día volveré a estar al cien por cien. —Intento recomponerme lo justo para seguir hablando y soltando todo esto que me arde dentro—. Necesito dejar de vivir por mis hijos y empezar a hacerlo por mí mismo. Un día crecerán, serán adultos, dejarán de necesitarme y entonces, dime, ¿qué será de mí? No puedo obligarme a ser feliz solo por ellos, Abigail. Tengo que ser feliz porque merezco ser feliz. —Doy un trago a la botella y sigo—. Pensé que mientras mantuviese vivo tu recuerdo, yo sería capaz de seguir viviendo, pero me equivoqué. Es a ti a quien mantengo con vida, aunque ya no estés. Es a ti a quien no le permito irse de una vez. Es tan... tan... ¡tan absurdo! Como si pretendiese sobrevivir a una tormenta en alta mar atándome al mástil roto del barco. Me estoy dejando arrastrar por ti y la muerta eres tú, no yo, mi amor —sollozo cuando me oigo hablar en voz alta.

Nunca pensé que diría algo así a mi esposa; la mujer que lo significó todo para mí, pero Conchi ha tenido razón todos estos años y, lo que es peor, yo lo he sabido y no he hecho nada por remediarlo. Pensé que bastaría con sentarme y esperar, dejándome arrastrar. Solo tenía que concentrar todos mis esfuerzos en mis hijos, darles mi vida entera y esperar para reunirme con mi mujer cuando ellos fueran capaces de volar solos. Necesito vivir de verdad, salir con otras mujeres, disfrutar del sexo sin sentir que traiciono a nadie. Necesito dejar de sentirme culpable por estar vivo. No es justo para mí, ni para ella, ni para mis hijos, así que cojo la urna y me repito que no estoy borracho. Mareado, sí, pero no tan borracho como para no saber qué estoy haciendo. Suelto la botella en la mesa, salgo al jardín trasero, recorro los metros que me separan de la valla del fondo y miro hacia los lados para cerciorarme de que nadie me observa, sobre todo desde la izquierda, donde viven los Beltrán, un matrimonio al que no soporto mucho, la verdad. Bajo la vista hacia los rosales rojos que planté para Abi hace ya muchos años, abro la urna y esparzo los restos de mi esposa con cuidado sobre la tierra, llorando y sintiéndome el mayor traidor del

mundo, pero, al mismo tiempo y de una manera extraña, libre, por fin.

—Me diste cuatro motivos por los que vivir y un amor que siempre pensé que no merecía. Perdóname, Abi, pero no puedo más. Ya no puedo más y solo espero que, desde donde estés, puedas perdonarme por soltar tu mano, esta vez de verdad, y hacer mi vida pensando en lo que yo quiero, y no en lo que tú querrías.

Trago saliva y observo cómo los restos reposan sobre la tierra. Me levanto, cojo la regadera que hay en un extremo, vuelvo a los rosales, me arrodillo y, con amargura y convicción, riego la tierra, mezclándola con las cenizas de mi mujer.

—Te recordaré toda mi vida y una parte de mí siempre será tuya. Te prometo hacer de este jardín un sitio especial para nuestros hijos. Algún día, cuando sean adultos, se enamorarán, traerán a sus parejas a esta casa, tendrán hijos, y yo los sacaré a todos a este jardín y juntos celebraremos la vida, porque ya está bien de sufrirla. Ojalá puedas verlo desde aquí; tu lugar favorito de la casa. Hasta siempre, mi amor.

Me levanto y miro la urna, ahora vacía. La cojo, la llevo hacia el cubo de la basura y me pienso unos segundos si hacerlo o no, pero si he dado el paso más importante, no voy a quedarme en este. No puedo guardar algo que solo me recordará de manera constante lo que perdí. No olvidaré nunca a Abi, es imposible porque tuvimos cuatro hijos maravillosos, pero tampoco la recordaré en cada paso que dé, por nimio que sea. Dormir con la tranquilidad de no tener que rendirle cuentas a nadie, y menos a alguien que ya no está; eso es lo que quiero y es lo que tengo que esforzarme en conseguir, así que meto la urna en el cubo, le pongo la tapadera y entro en casa, decidido a empezar una nueva vida.

Cuando me despierto por la mañana, cuatro pares de ojos me miran con asombro y un poco de miedo.

—¿Ves? Os dije que no estaba muerto —susurra Esmeralda—. Solo dormía.

—Papá nunca duerme hasta tan tarde —rebate Amelia antes de tomarme el pulso—. Papi, ¿te has muerto y has resucitado?

—¡No digas tonterías! —exclama Julieta—. Seguro que anoche se hartó de comer chuches sin nosotros y se ha dormido súper tarde con dolor de tripa.

—¿Has comido chuches sin nosotros? —pregunta Álex—. Eso es de ser egoísta. En esta casa, lo que hay, es de todo el mundo. ¡Quiero chuches!

—No he comido chuches —digo con voz pastosa. Tiro de ellos y los hago caer sobre mi cuerpo. Se quejan, pero no se despegan—. Buenos días, bichitos. ¿Cómo estuvo la fiesta de pijamas?

—Prefiero las nuestras —dice Esme—. Paco me habla como si fuese una niña de tres años. No lo soporto.

—Lo que no soportas es que no te deje mandar. —Julieta se ríe y palmea mi pecho, mirándome a los ojos y haciéndome ver que está pensando alguna burrada que va a decir en cuestión de segundos—. Papi, Paco nos dio anoche tarta de chocolate y

estaba tan rica que, por un momento, tuve ganas de vomitar para hacer hueco y seguir comiendo.

Me río entre dientes mientras Esme y Amelia le riñen por hablar así y Álex hace como si tuviera arcadas.

Empiezan a discutir sobre algo relacionado con un coche de juguete, hasta que alguien me pregunta por qué el osito Benny está en mi cama.

—¿Tenías miedo porque te quedaste solito?

Miro a mi hija Amelia. Sus ojos azules están llenos de compasión y mi corazón se aprieta un segundo, porque intuyo que esta niña sufrirá en exceso por muchas cosas, pero confío en que sepa arreglárselas llegado el momento. Acaricio su pelo negro y recuerdo todo lo que ocurrió anoche. Mi quedada con Carmen, las lágrimas, el alcohol y, finalmente, la despedida física de Abi. Busco en mi interior algún resquicio de arrepentimiento, pero solo encuentro cierto alivio, porque creo que por fin he dado un paso real hacia la dirección que quiero seguir. Esta vez es de verdad y casi no puedo esperar para contárselo a Conchi, pero, por el momento, miro a mi hija y sonrío.

—Un poco —admito—. Quedarse solo da mucho miedo, pero al final, si eres valiente, consigues salir adelante, ¿sabes? Y un día te miras en el espejo y te das cuenta de que el miedo, en realidad, no es tan grande ni tan feroz como pretende, y quedarse solo, cuando te has pasado mucho tiempo acompañado, puede estar bien.

Amelia me mira con admiración, pero estoy completamente seguro de que no tiene ni idea de lo que estoy hablando.

—Vaya, que te lo has pasado pipa sin nosotros. Pues muy bonito —dice Julieta ofendida.

Yo suelto una carcajada, porque está claro que no, no tienen ni idea de qué hablo. Ella se enfurruña y sus hermanos también, por imitación y por solidaridad, supongo, así que me siento con cuidado en la cama y, antes de que puedan huir, los someto a una sesión de cosquillas que estoy seguro que pasará a la historia como mítica.

Y así, oyendo sus carcajadas a todo volumen, siento cómo las cadenas que sujetaban mis miedos se rompen poco a poco y pienso, con una sonrisa sincera, que este es uno de esos días que debería apuntar en el libro de fechas imposibles de olvidar, porque estoy seguro de que marcará un antes y un después en mi vida.

El primer sujetador, un balón y una charla importante

Doce años

—Y entonces la madre de María la ha llevado a la tienda y le ha comprado un sujetador de mujer, así que quiero un sujetador de mujer yo también.

Miro a mi hija Esmeralda frunciendo el ceño. Un poco cortado por su diatriba, pero convencido de que no va a dejarlo estar.

—Yo también quiero uno —dice Julieta.

—Y yo, con florecitas —añade Amelia.

Mi ceño se frunce aún más y las miro con atención. ¿En qué momento han pasado de ser mis dulces niñas a chicas jóvenes exigiendo que las lleve a comprar sujetadores? ¡Tienen doce años! ¿Tan pronto se empiezan a usar esas cosas? ¡Si son unas niñas! Y lo de que los críos crecen no me sirve como excusa. Creo que no estoy listo para comprarles sujetadores, no por el hecho en sí, sino porque, cuando lo haga, me tocará aceptar que mis hijas crecen y cada día se hacen más independientes. Ya tuve que aceptar el año pasado que Amelia tuviera el periodo y luego le siguieran sus hermanas. Fue una bofetada en la cara, porque me tocó asumir que mis hijas empezaban a dejar atrás su infancia. Que es algo bueno, ya lo sé, pero me hace sentir un poco inútil, porque, si crecen más, dejaré de ser el hombre más importante de sus vidas, y si eso pasa, ¿qué será de mí?

—Yo no quiero un sujetador, pero puedes comprarme un balón, o un juguete nuevo.

Miro a mi hijo y resoplo, porque si mis hijas se pasan de maduras, mi hijo se pasa de inmaduro, para compensar, supongo. El problema es que Álex me preocupa con otros temas. Chicas. Las adora, se pasa la vida pensando en ellas y estoy convencido de que va a darme más de un quebradero de cabeza con este tema, pero tampoco sé cómo frenar eso.

En realidad, no sé cómo frenar nada y supongo que no puedo, porque es el ciclo natural de la vida, pero eso no significa que no me agobie un poco verme en estas situaciones.

—Si te resulta muy incómodo, nos puedes dar el dinero y vamos nosotras —dice Esmeralda.

—No vais a ir solas a la ciudad. Avisaré a Conchi, a ver si os puede acompañar.

—¡Sí, hombre! Para que me compre un sujetador de vieja.

—¡Julieta!

—Perdón perdón. De señora mayor.

—Los sujetadores no tienen tanto misterio. Basta que se abrochen y sujeten los

pechos, así que el estilo es lo de menos.

—Cómo se nota que tú no vas a llevarlo —dice Esmeralda.

—Claro, ¡cómo eres hombre! —exclama Julieta de nuevo—. Yo quiero un sujetador rojo.

—Yo con florecitas —repite Amelia.

—Yo quiero un balón —insiste Álex.

Suspiro, cierro los ojos un segundo y, cuando los abro, les informo de que vamos a ir al centro comercial.

—Eso sí, hay presupuesto y no vale pasarse de la raya. No quiero ni pucheros, ni espectáculos, ni malas caras cuando me niegue porque el precio de un sujetador vale más que lo que gastamos en comer durante una semana entera. ¿Estamos?

Todos dicen que sí, pero es mentira. Los conozco de sobra y sé que, en cuanto lleguemos, verán algo con lo que se encapricharán y tendré que lidiar con todo eso que he prohibido de antemano.

El camino es complicado, cada uno quiere una música distinta y se pelean hasta la saciedad para ver quién gana. Al final, como es de esperar, llegamos al centro comercial y no han conseguido aclararse, así que ya me imagino el infierno que me espera a la vuelta cuando, sumado a sus distintos gustos, me toque lidiar con el cansancio que les generará ir de tiendas.

El primer dilema viene con los tamaños y colores. No pensé en que, obviamente, mis hijas tienen distintas tallas de pecho, así que me toca aguantar a una vendedora midiéndolas y aconsejándoles qué sujetadores llevarse. ¡Pero si no tienen pecho! En serio, no es porque yo esté encerrado en que son unas niñas —que lo son—, es que bastaría con uno de esos deportivos, que se ajustan al cuerpo y ya está. Lo digo, pero todas, incluida la vendedora, me miran como si yo estuviera loco, así que suspiro, alzo las manos y dejo que ellas se ocupen. El presupuesto se lo pasan por el forro, como ya imaginaba, y ya he reñido a Álex dos veces por mirar con demasiada atención cierta lencería femenina, así que cuando por fin salimos de la tienda estoy tan aliviado que les propongo tomar un helado. Ellos aceptan de buena gana, nos sentamos en una cafetería, la camarera nos toma nota y luego, antes de irse, me guiña un ojo.

Me ha guiñado un ojo...

Lo primero que hago es mirar a la mesa para cerciorarme de que solo yo me he dado cuenta. Mis hijos están peleándose por algo que no entiendo, así que no se han percatado. Eso sí, cuando la chica vuelve a traernos los pedidos, y me sonrío, me fijo en lo bonita que es. Ella me sonrío una vez más y yo siento un pequeño nudo de emoción dentro. Tomamos nuestro helado y, cuando me levanto para pagar en la barra, la saludo y le guiño un ojo, en respuesta a su gesto de antes. Ella me cobra y, junto con el cambio, me da su número de teléfono apuntado en una servilleta de papel.

—Gracias —susurro con una pequeña sonrisa.

Salgo del centro comercial con mis hijos, aguanto el camino de vuelta a casa y, cuando llegamos, por fin, subo a mi habitación y miro el número de teléfono anotado en la servilleta. Supongo que ha pensado que soy un padre divorciado o algo por el estilo. No estaría mal llamarla y quedar para dar una vuelta o tomar algo. Puede que al final solo seamos amigos, porque dudo mucho que ninguna mujer quiera meterse en algo serio con un padre de cuatro hijos iguales, pero salir de casa me irá bien, así que me propongo llamarla esta misma noche, cuando mis hijos se vayan a la cama.

Un mes después el recuerdo de Lidia, que así es como se llamaba, me deja sensaciones agrisadas en el paladar. Ella no quería una relación, como ya imaginé, pero lo pasamos bien algunas noches y, cuando la cosa se puso intensa, puso el freno y nos alejamos. No me quejo, sé que mi situación es muy complicada y, aunque no niego que me gustaría tener a alguien con quien hablar cada noche al volver del trabajo, entiendo que no puedo pedir milagros, ni obligar a nadie a quererme, aceptando todo lo que yo acarreo, que es mucho. Estoy en un pack en el que se incluyen cuatro preadolescentes, así que es probable que muera más solo que la una, porque si a mí, que los quiero más que a mi vida, me cuesta aguantarlos cuando tienen sus berrinches conjuntos, no puedo imaginar cómo se sentiría una mujer.

Y es que mis hijos son tan... intensos. Es algo bueno, no digo que sea malo, pero es cierto que, desde fuera, esta casa puede parecer una completa locura. Yo siempre juro que, dentro del caos, tenemos un orden establecido, pero creo que no sería capaz de convencer a ninguna mujer de ello.

—He estado pensando una cosa —dice Álex irrumpiendo en mi habitación, cuando estoy a punto de apagar la luz y ponerme a dormir.

—Espero que esa cosa no valga dinero, porque si es así, ya sabes la respuesta.

Álex pone los ojos en blanco, se sube en la cama y se tumba a mi lado, mirando al techo.

—Si mis hermanas tienen sujetadores, yo quiero condones.

Lo miro con la boca de par en par y, si no me da una pájara, es porque estoy seguro de que no quería decir eso.

—¿Perdón?

—Condomes. Mis hermanas tienen la regla y tú les compras compresas, ¿no? —Asiento sin entender a dónde pretende ir a parar—. Ahora necesitan sujetadores y tú vas y se los compras, sin quejarte ni nada.

—Porque los necesitan.

—Pues yo necesito condones.

—¿Para qué demonios necesitas tú condones? ¿Vas a inflarlos y hacerte una fiesta con globos en tu cuarto?

Mi hijo se ríe, divertido con mi ocurrencia, pero niega con la cabeza y me mira.

—Para estar con chicas —susurra—. ¿Sabes, papá? Mis hermanas no son las

únicas a las que les han salido tetas.

—¡Alejandro!

—Es que yo quiero estar con chicas y hacer de todo con ellas, papá, a mí las chicas me encantan. Me encantan demasiado, creo.

No sé si reírme o llorar con este panorama. Tiene doce años, por el amor de Dios, estoy seguro de que ni siquiera sabe cómo se pone un condón, ¿cómo voy a comprárselos? Pero, por otro lado, si no lo hago, puede que esté dejándolo desprotegido, porque si le surge la oportunidad de hacer algo, con las hormonas revolucionadas, no va a pararse a pensar.

Ay, joder, qué difícil es esto de la paternidad.

—¿Sabes cómo es el acto sexual? —le pregunto sin medias tintas.

Él se pone rojo como un tomate y me dice que sí, pero, aun así, me empeño en tener esta conversación con él.

—El acto sexual es algo bonito, si se hace con cabeza. Creo, sinceramente, que no estás listo para tener sexo, hijo. Como mucho estás listo para practicar contigo mismo mientras esperas el momento adecuado.

Mi hijo se ruboriza tanto que, por un momento, creo que va a reventarle la cabeza, pero al final, aún muerto de vergüenza, se atreve a murmurar.

—Ya sé que no voy a acostarme con ninguna, pero quería vacilar en clase de tener condones. Y lo otro, lo de practicar conmigo mismo... —Se pone tan nervioso que sé, en el acto, que ya lo hace, o al menos lo intenta—. Bueno, pues...

—¿Prefieres un balón nuevo? —pregunto, consciente de que está pasándolo francamente mal.

—¡Sí! ¿Me lo comprarás?

Sonríe, agradecido al máximo de que yo haya cambiado de tema con brusquedad, cortando por lo sano.

—Si lo quieres, sí.

—¡Genial!

Se levanta de la cama para irse, pero, antes de que salga, le cojo del brazo y hago que me mire.

—Escúchame, hijo: cuando de verdad estés listo para tener sexo consciente, respetuoso y real, búscame y te compraré esos condones. Mientras tanto, recuerda que vacilar de cosas así te hace quedar mal y las chicas, te lo digo desde ya, no van a verlo con buenos ojos.

Mi hijo asiente muy serio, porque si hay algo que a Álex le importe es la opinión de las mujeres, sean de la edad que sean, y sale de la habitación, abriendo la puerta justo a tiempo de pillar a sus tres hermanas espiando en el pasillo.

—¡Sois unas cotillas! —les grita.

Se va a su dormitorio más avergonzado que enfadado mientras Julieta se ríe, Amelia se pone roja y Esmeralda me mira.

—Si quieres, le doy una charla sobre sexo seguro.

Cierro los ojos y me restriego la frente pensando, de nuevo, cómo es posible que tenga cuatro hijos y todos sean tan distintos entre sí.

—No, Esmeralda, no necesito que le des a tu hermano una charla sobre sexo seguro —digo en tono firme—, y no se os ocurra atormentarlo con el tema o acabaréis castigadas. ¿Lo habéis entendido? —Ellas asienten a la vez y yo les sonrío—. Bien, buenas noches, bichitos.

—Buenas noches, papá —murmuran las tres antes de irse cada una a su cuarto.

Cuando me quedo a solas de nuevo miro al techo y me pregunto, con cierto temor, cómo será la adolescencia de estos hijos míos y, sobre todo, cómo sobreviviré a ella.

Una excursión, una peli de terror y unos bebés preciosos

Quince años

Hoy me he pasado el día de excursión con mis hijos. Pensé que, dado que ya tienen quince años, sería buena idea hacer una caminata juntos por el bosque, pero a la media hora estaban peleándose por cualquier cosa, gritándose y diciéndose barbaridades. No es nada nuevo y sé que entra dentro de la adolescencia, pero el hecho de que sean cuatro hace que mi ansiedad se dispare, porque hay momentos en que no sé cómo frenarlo y pienso que mis hijos se odian para siempre. Más tarde consigo recapacitar y ver las cosas con objetividad: no se odian, simplemente están empezando a ser adultos y les cuesta encajar sus distintas personalidades.

El día ha sido una completa locura y solo se han callado cuando hemos llegado y hemos pedido unas pizzas para comer. Después de eso, Amelia se ha encerrado en su cuarto para leer, Álex ha hecho lo mismo, pero con un libro de coches clásicos que ha sacado de alguna parte y Esme me ha reñido por no ponerme al día con las facturas hoy mismo, puesto que el mes acaba mañana. No es gran cosa, solo tengo que asegurarme de que tengo suficiente dinero en el banco para todos los pagos, pero mi hija es la responsable hecha persona. Julieta, por su lado, me ha propuesto ver una peli de terror.

—¿No quieres irte a tu cuarto, como el resto?

—No, yo todavía no me he cansado de ti.

Resoplo, porque esta niña tiene el don de la sinceridad, y también el de la brusquedad. Como no aprenda a controlar esa boca, vamos a tener muchos problemas en el futuro, lo veo venir.

—¿No se supone que te tendrían que dar miedo las pelis así?

—Mi parte miedica se la quedó Amelia —contesta riéndose.

—No te burles de tu hermana por ser sensible.

—Vaaaaaale. ¿Vemos la peli, o qué?

—Sí, pero tendremos que ver alguna repetida, porque no echan nada en la tele.

—Tengo un video nuevo, espera.

Sube las escaleras a toda prisa y, cuando vuelve, dos minutos después, lo hace con una cinta VHS en las manos.

—¿De dónde has sacado eso, Julieta?

—¿Qué más da? Dicen que es buenísima. Se llama *El proyecto de la bruja de Blair*.

—Dime que no la has robado —sigo insistiendo.

—No la he robado, tranquilo. Me la ha prestado una chica de clase.

—Vale, genial. ¿Hago palomitas?

—¡Vale!

Me voy a la cocina mientras Julieta enciende la tele y, a mi vuelta, mis otros tres hijos ocupan el sofá y Amelia ya se ha aferrado a un cojín.

—¿Pensabas ver una peli de miedo sin nosotros? ¿Por qué quieres más a Julieta, papá? —pregunta Álex.

Suspiro resignado y, aunque me encantaría echarle en cara que él ha sido el primero en largarse en cuanto hemos llegado, me contengo y me recuerdo que es mi hijo, le quiero y no quiero que se sienta mal por hacer lo que cualquier otro chico de su edad. No quiero ser ese tipo de padre que lloriquea por sentirse solo cuando sus hijos crecen, aunque sea cierto, así que sonrío y le doy el cuenco de palomitas.

—Os quiero a todos por igual, y la muestra es que voy a hacer una bolsa de palomitas para cada uno, porque no podría soportar que os matarais a mitad de película por la comida.

Ellos sonrían agradecidos y yo me río entre dientes y vuelvo a la cocina. Mientras espero que el microondas haga su trabajo les oigo pelearse por el mejor sitio del sofá y suspiro con cansancio, pensando, una vez más, que son cosas típicas de adolescentes.

Esto sería mucho más llevadero si tuviese a otro adulto aquí para ayudarme. Un adulto en forma de mujer, a poder ser, pero supongo que es mucho pedir.

A veces recuerdo a Abi en momentos así, cuando me siento solo. Lo hago, sobre todo, porque me gusta recordar que un día hubo una mujer dispuesta a formar una familia conmigo y no corría en dirección contraria cuando hablábamos de tener hijos. Claro que no los teníamos, y eso siempre hace que los sueños se doten de cierto idealismo que no encaja del todo con la realidad. Con ella viví el miedo y la ilusión del embarazo, pero se fue antes siquiera de poder pasar unos minutos con sus hijos, así que, de haber estado viva, estaría tan desquiciada como yo. Quizá incluso nos habríamos divorciado por culpa de la presión y... No, espera, borra eso. No me habría divorciado jamás de ella. Era la mujer perfecta, por Dios, estaría loco para dejarla ir. Lo único que logró separarnos fue la muerte.

Joder... cuánto la echo de menos en algunos momentos todavía. Y lo peor es que no sé si echo más de menos a Abi, o la sensación que me producía saber que tenía un hombro en el que apoyarme cuando me sentía ansioso, triste o enfadado. Contar con una persona que entendía todos mis miedos era increíble y es algo que no he tenido en quince años. Cuando pienso que es posible que no vuelva a encontrar a alguien así, siento cierto dolor, pero supongo que es ley de vida. Los golpes llegan, toca asumirlos y seguir adelante; he criado solo a cuatro hijos que, con sus más y sus menos, son decentes. No lo he hecho tan mal, así que puedo darme por satisfecho. No debería sentirme mal, ni solo, ni pensar más en cosas así cuando estoy a punto de disfrutar de un momento en familia, aunque sea viendo una película de terror.

—Papá, ¿estás bien?

Me giro para ver a Amelia en el centro de la cocina. Sus impresionantes ojos azules me observan con atención y siento, por un segundo, la tentación de contarle la verdad, pero luego recuerdo que es mi hija y no se merece ser consciente de que su padre se siente solo, pese a tener cuatro hijos, porque eso haría que se replanteara si es suficientemente buena para mí. Conozco a Amelia, acabaría sufriendo mucho más que yo, así que esa no es una opción. Voy hacia ella, la abrazo y le aseguro que estoy perfectamente. Noto cómo su cuerpo se relaja y sonrío, sabedor de que he hecho lo correcto.

No es que pretenda que mis hijos siempre me vean bien, pero creo que hay ciertas cosas que no tienen necesidad de ver o saber, y espero que eso no me haga peor padre, la verdad. Solo quiero que me vean como a un pilar extraordinariamente fuerte con el que pueden contar siempre, aunque por dentro, a veces, me sienta un poco frágil. Ellos se merecen tener un apoyo constante y yo estoy dispuesto a hacer lo que sea para acabar la tarea de criarlos.

—¿Estás segura de que quieres ver esta peli? —le pregunto a Amelia cuando vamos a la encimera para recoger todas las palomitas.

—Sí, pero a tu lado, ¿vale?, así me tapo la cara en los peores momentos y tú me avisas cuando pueda volver a mirar, porque mis hermanos me engañan.

Sonrío sin despegar los labios y beso su frente mientras le aseguro que, a mi lado, no tiene nada que temer.

Nos sentamos en el sofá, ponemos la peli y, pasada media hora, Julieta se ha reído como una histérica un par de veces, Esme mira la pantalla con tanta fijeza que me da un poco de miedo y Álex se ha quedado dormido, demostrando que, para según qué cosas, es un pasota de categoría. Amelia está a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro y cara de sueño, pero sin dejar de ver la peli.

Yo, por mi lado, disfruto de tenerlos así, conmigo, como si aún fuesen niños a los que pudiera controlar. Intento retener estos momentos porque estoy convencido de que llegará un día en que sentarse aquí, en el salón, a ver una peli con su padre, no será el mejor plan para un sábado por la noche. Saldrán, verán mundo, conocerán a sus futuras parejas y, con suerte, vendrán a verme una vez a la semana.

Hago una mueca, porque es una imagen que me da mucha tristeza, así que la aparto y me concentro en el ahora. En el abrazo de Amelia, las risas de Julieta, la concentración absoluta de Esme y la parsimonia de Álex. En sus personalidades, tan distintas y, de alguna forma, tan exacta en algunos puntos, y en los besos que todos, incluido Álex, me dan antes de irse a la cama cuando la peli acaba.

Subo a mi habitación, me acuesto y, por primera vez en mucho tiempo, sueño con Abi.

Cuando me despierto por la mañana no estoy tan triste como antaño; la extraño, pero el dolor ya no es intenso, sino relajado, acostumbrado a rondar por la parte de mí que siempre la recordará. Soy capaz de sonreír y recordar el sueño con cariño, y eso es algo que hace años no creí posible, así que voy a dejar de preocuparme por el

futuro, porque estoy seguro de que, aunque mis hijos crezcan y se vayan, yo encontraré la forma de seguir sonriendo y disfrutando de la vida.

¿Quién sabe? Igual son de esos hijos que, al enamorarse, no se alejan, sino que meten a más gente en casa. Quizá algún día en esta casa vuelvan a jugar bebés a diario, aunque ya no sean mis hijos, sino mis nietos. Y sí, criar a mis hijos ha sido complicado, pero también ha sido lo mejor que he hecho, así que me haría una ilusión enorme tener la casa llena de niños algún día otra vez.

El pensamiento me pone de tan buen humor que me calzo las zapatillas y decido salir a correr.

—¿Por qué sonrías tanto? —pregunta Julieta en el pasillo, justo cuando salgo de mi dormitorio.

Está despeinada, tiene la camiseta puesta del revés y sus ojos aún no se han abierto del todo. Sonrío, beso su frente y palmeo su mejilla con cariño.

—Porque vas a darme unos nietos preciosos, cariño.

Ella me mira como si me hubiese vuelto loco, yo me río y bajo las escaleras tarareando una canción y pensando en esos futuros nietos a los que ya adoro.

Un mal acto, una expulsión y un castigo ejemplar

Diecisiete años

Entro en el instituto de mis hijos con los nervios contenidos a duras penas. Es la segunda vez este mes que tengo que salir antes del trabajo para reunirme con el director. La última, hace dos semanas, mi hija Julieta pensó que sería una gran idea hacer una fiesta de la espuma en clase. El problema es que la fiesta la organizó a espaldas de los profesores y consistió, básicamente, en coger un extintor y vaciarlo en su aula mientras todos sus compañeros se volvían locos y la adoraban.

¿Hasta cuándo? En serio, ¿hasta cuándo dura la adolescencia? Tienen diecisiete años, por todos los santos, no deberían seguir haciendo el tonto de esta forma. He intentado ser paciente, estricto, comprensivo, y nada funciona con ellos. ¡Nada! Esmeralda es la única que no me da dolores de cabeza haciendo trastadas, pero me los da siendo demasiado fría y estricta para su edad, así que para el caso...

Y luego está Amelia, que no hace gamberradas, como Julieta, ni se pasa de lista como Álex, pero se dedica a realizar todo tipo de actos para salvar el mundo y le da igual que esos actos incluyan saltarse las leyes del centro alguna que otra vez.

Esta vez, sin embargo, el causante de la creciente migraña que estoy sufriendo es Alejandro, mi hijo. Todavía no sé qué ha hecho, pero no me hace falta que el director me lo cuente para saber que se me caerá la cara de vergüenza y tendré que darle una charla en cuanto lleguemos a casa.

Saludo a la conserje, que me mira con pena, la pobre, porque ya soy conocido en este instituto, principalmente porque soy el padre de los cuatrillizos, famosos en todo el centro, pero también porque, por si ser cuatro hermanos de edades idénticas no fuera suficiente, ellos se dedican a destacar por méritos propios.

Alcanzo el pasillo de la Dirección, lo recorro y toco en la puerta con los nudillos. La voz del director me da permiso y entro con cara seria, buscando a mi hijo para hacerle ver que estoy bastante cabreado. Él está en un sillón dejado de caer, con aparente calma, pero le conozco y sé que todo eso no es más que la actitud de niño chulo y creído que ha decidido adoptar de un tiempo a esta parte porque así liga más, y no hay nada que le importe más. Bueno, los coches, pero todavía no tiene edad para conducirlos. Ese será un puente que cruzaré en un año, para sumar más preocupaciones a mi ya estresado corazón.

—¿Qué has hecho? —pregunto directamente.

—Nada.

—Tanto como nada... —dice el director—. Hola, Javier.

—Hola, Adolfo. ¿Qué ha hecho?

—Y dale... —murmura mi hijo—. ¡Que no he hecho nada!

—Lo han pillado teniendo sexo en el aula de inglés con una chica dos años menor que él —dice el director sin medias tintas—. Cuando la profesora que los ha pillado les ha pedido que pararan, ambos se han reído y han seguido haciendo sus... cosas sin el menor ápice de vergüenza.

—¿Que han seguido? ¿Cómo que han seguido? —Frunzo el ceño y miro a mi hijo bastante cabreado—. ¿Cómo que has seguido?

—¿Sabes lo que cuesta un condón? No podía desaprovecharlo.

—¡Sé lo que cuesta un condón, Alejandro! ¡Te los compro yo para que no preñes a nadie! ¿O se te olvida? —Mi hijo tiene la decencia de ruborizarse, aunque sea un poco—. Esta vez te has pasado siete pueblos. Te juro por lo más sagrado que vas a estar limpiando la casa y haciendo todas las tareas, incluida la colada de tus hermanas, hasta que te salgan canas en las axilas.

Mi hijo agacha la mirada, porque sabe que voy muy en serio. Puede parecer que soy un padre tranquilo y poco exigente, pero hay cosas que no estoy dispuesto a tolerar y esta, desde luego, es una de ellas. Me he esforzado por ser un padre abierto, le he comprado condones y le he hablado de sexo para que no haga locuras. En la vida pensé que haría algo así. Y ya no es por el sexo, sino por la falta de respeto que supone no parar cuando te pillan haciéndolo en un lugar prohibido. No tengo problemas con tener un hijo sexualmente activo, pero tengo todos los del mundo con tener un hijo maleducado e irrespetuoso, y es algo que va a tener que entender por las buenas, o por las malas.

—No dudo que vas a darle una lección a tu hijo, Javier, pero el equipo directivo no puede pasar por alto un comportamiento como ese. Tu hijo no puede crear tendencia con esto. Sabes que te aprecio, pero tus cuatro hijos son especialistas en estar en el candelero si no es por una cosa, por otra. Tienen seguidores que les imitan porque... —Suspira y se frota los ojos—. Bueno, porque son adolescentes sin mucha personalidad y a tus hijos les sobra, pero por eso mismo no puedo permitir que algo así se convierta en un comportamiento a imitar.

—Lo entiendo, Adolfo. ¿Habéis pensado en algo?

—Sí. —Suspira, como si le costara imponer un castigo a Álex, pero yo asiento, dándole a entender que estoy dispuesto a acatar lo que sea que decida—. Vamos a expulsar a Álex tres días del centro.

—¡Venga ya, joder! —exclama mi hijo.

Le doy una colleja, pese a no ser de esos padres que usan esta táctica, y le miro con tanta seriedad que se corta en el acto. En este momento siento tal vergüenza y decepción que solo quiero salir de aquí y dejar de mirar a mi hijo hasta calmarme para poder tener una conversación con él.

—Me parece bien —murmuro—. Y no te preocupes, que voy a encargarme de que estos tres días se arrepienta tanto de lo que ha hecho que, para cuando vuelva, igual no le ves ni acercarse a una chica dentro de las paredes del instituto.

El director sonríe un poco antes de asentir y yo levanto a mi hijo del hombro y lo saco del despacho.

—Pap a...

—En casa —digo cortándole—. Hablaremos en casa, delante de tus hermanas.

—Ni de co a.

—Ya te digo yo que s . Si no tienes vergüenza, ni un mínimo de decencia para comportarte de la forma en que lo has hecho, no vas a tenerla para afrontar las consecuencias frente a toda tu familia.

 l pone mala cara y es ahora, justo en este momento, cuando se siente mal de verdad por lo que ha hecho, porque va a tener que soportar la actitud de sus hermanas cuando lo sepan todo.

Esperamos en la cafetería que hay frente al instituto a que mis hijas salgan de clase. Me pido un café y, cuando  lex intenta pedir algo, niego con la cabeza y le dejo saber, con una sola mirada, que el privilegio del café es algo que se gana y él, hoy, no se ha ganado ni un vaso de agua del grifo.

Las chicas salen y  lex se tensa, porque sabe lo que viene ahora.

— Qu  has hecho, melón? —pregunta Julieta nada más llegar a nuestra altura.

—Nada.

—Uy, nada no, porque papá est  aquí y no vamos a volver en el autobús, así que has hecho algo y gordo.

—Dicen que te has follado a Natalia en el aula de inglés,  es cierto? —pregunta Esme a bocajarro.

—Esmeralda, controla esa boca.

—El que debería controlar otra cosa es tu hijo, padre.

—*Touch *. Ahora subid al coche para que podamos ir a casa y tener una de esas reuniones en las que yo os doy la charla y vosotros hacéis como que me escuch is.

El camino es tenso y, al llegar, es el propio  lex quien suelta la bomba y admite todo lo que ha hecho. Julieta se ríe a carcajadas, Amelia frunce el ceño, porque no entiende esa actitud y seguramente le parezca algo demasiado sucio hacerlo de esa forma, y Esme mira a su hermano con tal decepción en los ojos que, por un momento, me siento tentado de cederle el puesto y que sea ella la que le ponga los puntos sobre las ies. Esta hija mía, algún día, será una gran madre.

— Y qué ha pasado con Natalia?

—No lo sé —dice mi hijo—. Supongo que también estar  expulsada.

—Le habrá merecido la pena, estaba como loca por pillarte a solas.

— Julieta! —exclamo.

—Es la verdad, papá. Puede que no te guste, pero las tías se pegan tortas por acostarse con tu hijo. Yo también creo que es inexplicable, si me preguntas mi opinión.

— No te la he preguntado!

—Por si acaso.

—Ya vale —dice Esme cortando la discusión—. Papá, creo que deberías aplicarle a Álex un castigo ejemplar que le haga recapacitar acerca de sus actos. Algo que le duela de verdad y no solo un castigo simbólico.

—¡Cierra la boca, Esme! No eres mi madre, joder.

—Cierra la boca tú —le digo a mi hijo—. No estás en condiciones de ponerte borde.

—¡Pero si es ella la que se mete donde no la llaman!

—Tienes que entender que lo que has hecho es algo que no tolero, Alejandro. No solo por el acto en sí, sino por reírte de una profesora y faltarle al respeto de esa forma cuando te ha pillado haciendo algo prohibido. No voy a tolerar que un hijo mío alcance otra vez ese nivel de mala educación, así que, desde hoy, vas a encargarte de limpiar a fondo la casa. No me voy a conformar con que quites el polvo y friegues el suelo. Quiero que retires cada mueble para pasar la aspiradora, descuelgues las cortinas, las laves, las planches, cambies las sábanas de tus hermanas, las tuyas y las mías cada día, las laves, las tiendas, las seques y las vuelvas a poner. Las mismas.

—¡Pero no tenemos secadora!

—Vas a tener que ingeniártelas para secarlas, entonces. También te ocuparás de la colada de toda la familia durante un mes.

—¡No jodas! No pienso tocar las bragas de mis hermanas.

—Pues no tienes reparos en tocar las del resto de la población femenina. —Julieta se ríe y se quita el jersey, viniéndose arriba—. ¡Empieza por este, que hoy he tenido gimnasia y huele regular!

Se lo tira a la cara, mi hijo le grita, Amelia se tapa la cara, abochornada, y Esme me mira con tanta seriedad que me siento un poco intimidado.

—¡Ya está bien! —exclamo—. Julieta, la próxima vez que hagas algo así, te sumas a su castigo, ¿me oyes? —Mi hija se para en el acto y yo tenso la mandíbula—. Ya estoy harto de que mis hijos vayan por la vida haciéndose notar hasta un punto bochornoso. A partir de ahora, el que la cague, se convertirá en esclavo de esta casa, y os juro que nunca he hablado tan en serio. Álex, aparte de todo lo que te he dicho harás los baños, cortarás el césped y te ocuparás de la cena durante los tres días que dura tu expulsión.

—Papá, me parece que te estás pasando tres pueblos.

—Créeme, hijo, algún día tu futura mujer me agradecerá que sepas hacer todas estas cosas tan bien.

—Eso si encuentra a una que lo quiera después de que se lo estén repasando todas las tías del planeta.

—¡Julieta! —exclamamos Esme y yo a la vez.

Me pinzo el puente de la nariz y pienso, no por primera vez, que esto sería mucho más fácil si yo no estuviera solo.

Maldita sea, qué largos son algunos días...

Después de la bronca Álex se encierra en su cuarto, Julieta se va al suyo para

tararear una canción de lo más irritante que tiene como único propósito crisar los nervios a su hermano, Esmé hace un cuadrante a mano de todo lo que Álex tiene que hacer y Amelia se sienta conmigo en el sofá y acaricia mi brazo con cariño y compasión.

—Algún día creceremos del todo y estarás orgulloso de nosotros —susurra—. De todos, papi, hasta de Julieta.

Sonríó un poco y, cuando oigo los gritos de la planta superior, tomo aire profundamente y me repito, una vez más, que en el fondo no son malos chicos y estoy haciéndolo bien.

Solo espero que Conchi no sepa jamás lo que ha pasado, porque ya me ha avisado infinidad de veces que estos niños necesitan una madre y no hay forma de que entienda que, a estas alturas, cuando ya tienen diecisiete años, meter una mujer en casa solo empeoraría las cosas.

Con suerte en unos años madurarán de una vez y dejarán de darme tantos dolores de cabeza, o eso espero, porque no sé si mis nervios pueden soportar este nivel de estrés durante toda mi vida.

Un desayuno, una fiesta y una noche muy larga

Veintidós años

Me despierto sobresaltado por la canción que suena a todo volumen en mi dormitorio. Me siento en la cama de golpe y veo a mis hijos frente a mí. Esme sostiene en alto un radiocasete que reproduce el famoso *Cumpleaños feliz* de Parchís y Julieta, Amelia y Álex bailan de la manera más ridícula posible a los pies de la cama.

—¡Feliz cumple! —grita Álex—. ¿Qué te parece nuestra sorpresa? Mola, ¿eh? ¡Baile ensayado solo para ti!

Me restriego los ojos, veo los torpes pasos que dan y pienso que menos mal que ninguno quiere ser artista, porque me dolería mucho tener que explicarles que no tienen ni un mínimo de coordinación ni talento para bailar, mucho menos para cantar. Aun así, agradezco el detalle de que estén aquí, felicitándome a primera hora de la mañana. La canción acaba y Esme, que hasta ahora había permanecido quieta, porque mi hija es demasiado sobria para hacer el ridículo bailando así, sonrío y se sube en la cama para besar mi mejilla, gesto que imitan sus hermanos de inmediato.

—¿Sabes qué? Te hemos hecho el desayuno. Sabemos que odias que te lo traigamos a la cama desde que te achicharramos aquella vez al derramar el café en tu regazo —dice Amelia recordando la única vez que hicieron esto mismo hace ya muchos años, cuando apenas eran niños—, así que lo tenemos todo listo en la cocina. Ponte guapo y baja para que podamos servirte.

—¡Vaya! Esto sí que es empezar bien un nuevo año de mi vida.

—Queríamos demostrarte que te queremos con locura y que el hecho de estar un paso más cerca de la muerte no hace que debas estar triste.

—¡Julieta! —exclaman todos sus hermanos a la vez.

Ella se encoge de hombros y sonrío con nerviosismo, porque estas cosas se le escapan sin darse cuenta. Su incontinencia verbal ha ido a más y a menudo sufro por ello, porque no quiero que un día se meta en un lío del que le resulte demasiado difícil salir, pero hoy no voy a pensar en ello.

Les pido que salgan del dormitorio para poder vestirme, puesto que ya son personas adultas de veintidós años y necesito cierta intimidad para desnudarme. Ellos obedecen y yo me pongo lo primero que pillo antes de bajar las escaleras y entrar en la cocina, donde han preparado zumo natural, tortitas y tostadas con queso fresco, naranja amarga y chocolate, que son mis favoritas. Puede parecer una guarrada, pero prometo que están ricas.

—¿Sabes qué es lo mejor de que tu cumple haya caído en finde? Que pensar en tu regalo ha sido facilísimo. —Esme sonrío y mira a sus hermanos, que asienten para

que siga hablando—. ¡Vamos a pasar el día entero contigo! Haremos un recorrido por tus lugares favoritos de Sin Mar y la ciudad. Eso quiere decir que saldremos a pasear por la urbanización y nos pararemos a hablar con todos y cada uno de los vecinos, tomaremos una caña con algunas tapas en el bar de Paco y nos iremos a la ciudad, donde visitaremos tu museo favorito.

—También hemos pensado que te gustaría ir al cine, así que hemos guardado parte de la tarde para que decidas si quieres ir o prefieres otra cosa —sigue Álex.

—Y para acabar, vendremos a casa y veremos fotos de cuando éramos pequeños sin protestar. Todas las fotos del mundo, de verdad. Recordaremos toda nuestra vida a tu lado y podrás contarnos esas anécdotas que tanta gracia te hacen, aunque a nosotros nos abochornen. —Julieta sonrío y abre los brazos—. ¿Qué te parece?

Abro la boca para decirles que, sinceramente, me parece un regalo un poco cutre, porque lo de regalar tiempo y tal está muy bien, pero yo a mis hijos ya los tengo conmigo a diario. No son de esas personas que se alejan demasiado o se distancian con la edad; al revés. Si hace unos años tenía miedo de que algún día abandonarían el nido, ahora empiezo a preguntarme si alguna vez lo harán. Que no me molestan, ojo, a mí me encanta tenerlos por aquí, pero precisamente porque es algo que tengo a diario, no veo nada demasiado especial en el regalo. Ya paseo todos los fines de semana, muchas veces acompañado por ellos, ya tomo cañas en el bar de Paco, con ellos, porque así les salen gratis, y ya voy a mi museo favorito cuando me da la gana. Aun así, pongo la misma cara que ponía cuando, de pequeños, me regalaban un collar de macarrones pintados; haciendo ver que ni siquiera un collar de diamantes puros me haría tanta ilusión, y sonrío agradecido por el hecho de que no todos los hijos del mundo disfrutan ideando días especiales para sus padres, así que les prometo que es un plan genial y que me encanta, desayuno y, sin cambiarme siquiera de ropa, salgo con ellos para pasar el día fuera.

La verdad es que lo pasamos en grande, si mis hijos tienen algo en común es que, cuando se lo proponen, son muy divertidos, así que hacen el tonto de distintas maneras y, cuando volvemos a Sin Mar, ya al atardecer, siento que me cuesta dejar de sonreír. Aparco en el jardín y pienso un momento en Abi. Hace veintidós años que se fue y todavía me acuerdo de ella, aunque su ausencia ya no duele. La echo de menos, por supuesto, siempre lo haré, pero también echo de menos al hombre que yo era; aquel joven con un montón de sueños primero y un millón de miedos después, cuando se convirtió en padre. Ahora, mirando hacia atrás, veo todo lo que he hecho solo, con ayuda de mis vecinos en momentos de crisis, y me doy cuenta de que, si volviera a pasar por ello, lo haría todo de la misma manera. He criado cuatro hijos decentes, personas de bien con sus más y sus menos, pero adultos de los que estoy orgulloso, al fin y al cabo. Esme estudia derecho, Álex pretende ser bombero y Amelia será trabajadora social. Julieta no tiene muy definido su futuro, pero tres de cuatro no está nada mal y creo que, en algún momento, ella también encontrará su vocación. Mientras tanto se dedica a hacer locuras y coger trabajos chorras con un

sueldo ridículo. No me quejo, con su personalidad, podría ser muchísimo peor.

Entro en casa mientras ellos me siguen y, tan entretenido estoy con mis pensamientos, que no me percató de nada hasta que los gritos truenan en el salón.

—¡¡¡Feliz cumpleaños!!!

Alzo la mirada de las llaves y veo a la mayor parte de mis vecinos apretados en mi salón. Sonríen, aplauden y se regocijan en el hecho de haberme dado un susto de muerte. Del techo cuelga una pancarta con mi nombre y miro hacia atrás, a mis hijos, que sonrían orgullosos por haber conseguido hacer esto sin que yo sospeche lo más mínimo.

—Es increíble, chicos —les digo con sinceridad.

—Te mereces esto y mucho más —asegura Amelia—. Eres el mejor padre del mundo y queremos que sepas que te queremos muchísimo.

La emoción apenas me deja hablar, miro a mis vecinos, que sonrían en mi dirección. Hasta los Beltrán han venido y, aunque no parecen la alegría de la huerta, ni a mí me caigan especialmente bien, es de agradecer que se hayan unido a la urbanización en esto.

Todos me entregan regalos, hay una tarta de una pinta increíble sobre la mesa y la pizza empieza a correr como la pólvora, porque la cena consiste en eso y en abrir bolsas de patatas que mis hijos han comprado. No es una cena cinco estrellas, pero creo que nunca he disfrutado tanto de algo así. Al final sí que recordamos anécdotas, pero lo hacemos juntos, en comunidad.

Conchi cuenta, por ejemplo, la vez que Álex rompió una de sus macetas con un balón y le echó la culpa al unicornio de Amelia. Unicornio que, por supuesto, no existía, pero en aquel entonces hizo que mi vecina no supiera si echarle la bronca o reírse por tener tanta imaginación.

Paco habla de aquella vez que Esme, con ocho años, le aleccionó para que cambiara los menús del bar e hiciera unos más comerciales y atractivos al público que venía de fuera, aunque aquí no venga nadie si no es porque vive en Sin Mar o tiene familia. Da igual, mi pequeña de ojos verdes siempre ha sido un poco sabionda.

Chinlú habla de aquella vez que Amelia fue corriendo a buscarlo para preguntarle si de verdad cocinaban gatitos. Todos nos reímos a carcajadas, pero luego Julieta asegura que ella sigue pensando que es raro que en Sin Mar no haya gatos callejeros. Chinlú se enfada, con toda la razón del mundo, y yo dedico a mi hija una mirada asesina para que cierre la boca y no meta más la pata.

Los Sanz recuerdan perfectamente a Álex intentando ligar con todas las mujeres del barrio desde pequeño. Hubo una vez que se instaló un matrimonio joven, de unos veinte años, en una casa de alquiler que hay en la urbanización, y mi hijo intentó ligarse a la chica. No sería algo a reseñar, si no fuera porque él tenía diez años.

También está la vez que Julieta se desnudó y corrió de esa guisa por todas las calles de la urbanización porque había perdido una apuesta... Bueno, de Julieta hay para escribir un libro, la verdad.

Nos reímos, hablamos de momentos que hemos vivido juntos a lo largo de nuestra vida y me doy cuenta, en algún momento, de que, pese a lo duro que ha sido, echo de menos aquella etapa en la que eran niños y dependían totalmente de mí. Ahora son adultos y, aunque me alegra como nadie se imagina que ninguno se haya metido en drogas o haya sido padre y madre adolescente, que eran miedos que tenía muy arraigados, pienso a menudo que el tiempo pasa, ellos hacen sus vidas y yo veo cómo tejen hilos con otras personas y yo me voy quedando aquí, sin saber muy bien qué hacer de ahora en adelante. No quiero ser un padre atosigador, ni darles pena para que pasen más tiempo conmigo, pero tampoco quiero ser pasota y que sientan que les alejo porque ya son adultos. Criarlos sigue siendo el trabajo más difícil del mundo y me doy cuenta de que antes, cuando eran pequeños, al menos tenía la certeza de que ellos me veían como a un superhéroe. Ahora me miran con ojos de adulto, si me equivoco o cometo un error, son conscientes, y eso lo vuelve todo un poco más complicado.

Echo de menos ser el centro de sus vidas, pero entiendo que es hora de que ellos encuentren otro centro y yo me dedique a observar con orgullo lo que he conseguido a base de constancia y amor. Claro que, la base que ellos tenían, ya era la mejor.

Pasadas un par de horas cortamos la tarta y abro los regalos que los vecinos han traído para mí. Los agradezco todos efusivamente y, cuando se van, siento que no puedo dejar de sonreír.

—No te preocupes por esto —dice Amelia señalando el salón—. Vamos a ocuparnos nosotros.

—Sí, hemos pagado a una chica para que venga mañana por la mañana a recoger y limpiar la casa a fondo —agrega Julieta.

Me río de buena gana, pensando que está de broma, pero sus caras serias me hacen saber que esto va en serio.

—¿Habéis contratado a alguien para que limpie, en vez de hacerlo vosotros? ¡Seréis vagos!

Esme alza una mano para que deje de hablar y toma la palabra.

—Hemos calculado los daños colaterales que tendría recoger esto entre nosotros y hemos llegado a la conclusión de que no merece la pena. Discutiremos toda la mañana, te pondremos la cabeza como un bombo y al final pensarás que, para tener que soportarnos así, mejor que no hubiésemos hecho nada. De esta forma podrás tener una mañana tranquila mientras nosotros hacemos el vago, sí, pero en silencio. ¿No crees que merece la pena?

Podría decirle que no, que me parece muy fuerte que contraten a alguien externo para limpiar lo que se ha ensuciado esta noche, pero es que han organizado un día por todo lo alto y, si yo estoy agotado, me imagino que ellos están igual o peor, así que sonrío, asiento y claudico.

—Mañana será día de hacer el vago, entonces.

Ellos aplauden y yo beso las frentes de todos, incluido Álex, antes de subir a la

planta superior, darme una larga ducha de agua caliente mientras pienso en meterme en la cama y leer un par de capítulos del libro que tengo pendiente. El problema es que, cuando llego a mi dormitorio, me encuentro con que mi colchón está ocupado por mis cuatro hijos.

—Hemos pensado que molaría acabar el día como lo hacíamos cuando éramos pequeños —dice Álex—. ¡Hoy dormimos contigo!

Me río entre dientes y elevo las cejas, porque a duras penas caben los cuatro en la cama, así que cuando yo me meta será aún peor, pero aun así me hago un sitio y, apretujado entre brazos y piernas cierro los ojos y me duermo pensando en lo genial que ha sido este día.

La noche es infernal, esto cuando eran pequeños era mucho más cómodo, ahora no dejamos de ser cinco adultos en una cama que se queda enana y las horas se nos pasan entre patadas y quejas de todos mis hijos, que no dejan de pelearse por un trozo de almohada, ni de amenazarse unos a otros porque están a punto de caer de la cama en más de una ocasión. Por momentos me siento agobiado y demasiado acalorado, pero también siento, como siempre, el amor más grande del mundo, porque puede que ya tengan veintidós años y sus cuerpos evidencien que son personas adultas, pero siguen siendo mis niños en esencia, y eso no cambiará nunca.

Hacer la maleta, discutir con ellos y ser solo yo, por primera vez en muchos años

Veintisiete años

—Pues lo siento, pero no me parece justo.

Miro a mi hija Julieta y elevo las cejas, sorprendido, aunque no debería, por su egoísmo.

—¿No te parece justo que haga un viaje solo después de veintisiete años viviendo por y para vosotros?

—No me parece justo que te largues y te gastes el pellizco que te ha tocado en la lotería. ¿Qué vamos a hacer sin ti? ¡Te vas dos semanas! Eso es abandono.

—No es abandono, Julieta.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¡Porque tenéis casi treinta años, maldita sea!

Cojo aire exasperado mientras ella frunce el ceño y me pregunto, no por primera vez en mi vida, qué he hecho yo para que estos hijos míos piensen que tengo que pasar el resto de mi vida atendiendo sus necesidades.

—Papi, yo quiero que vayas y disfrutes —asegura Amelia.

—Madre mía, qué pelota eres. —Julieta pone los ojos en blanco y luego me mira y hace un puchero—. ¿Y por qué no podemos ir contigo?

—Porque tenéis trabajo, aunque el tuyo no sea de mi agrado.

—Es tan digno como otro cualquiera.

—No lo dudo, pero tú solo lo haces porque así puedes seguir de zafarrancho sin centrarte. —Ella intenta replicar, pero alzo una mano—. No, hoy no, Julieta. Basta.

Se calla, por suerte, y yo pienso que no debería machacarla tanto con eso del trabajo, pero es que hace de zombi en la casa del terror y sé, porque lo sé, que solo lo hace por diversión y porque no piensa en encontrar algo serio. No desmerezco el trabajo en el parque de atracciones, pero ella lo usa como pasatiempo para no asentar la cabeza y eso no está bien. Tiene casi treinta años, ¿es que nunca piensa poner los pies en la tierra? Su locura ha tenido gracia durante años, lo reconozco, pero empiezo a pensar que no debí alentar su original personalidad. Quizá, en vez de permitirle ser como le nacía, debí ponerme serio e intentar guiarla por un camino más normal.

Pienso en Esme, en el bufete en el que trabaja y en el cual parece feliz, aunque no lo demuestre a diario. Álex ha cumplido su sueño de niño de ser bombero y Amelia es trabajadora social. Trabajos estables que les asegurarán un futuro. Sin embargo, lo de Julieta...

—¿Llevas pastillas para el mareo? En los cruceros la gente se mareo, o eso dicen. Miro a mi hijo, que está apoyado en el quicio de la puerta, y asiento.

—Sí, llevo.

—Echa un par de chaquetas, creo que tienen por costumbre hacer una noche de etiqueta o algo así —dice Esme—. ¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?

—En una hora, así que debo darme prisa.

Todos asienten, Julieta remolonea y protesta un poco más y, al final, se calla, porque le dedico esa mirada que le indica que estoy a puntito de perder la paciencia.

La verdad es que han sido tiempos extraños, estos. No poder trabajar más debido a mis problemas de espalda y rodillas, que me meten en cama durante tres días si se me ocurre hacer un esfuerzo considerable, luego el pellizco de la lotería y, finalmente, como si de una señal se tratase, la decisión de hacer un crucero solo, sin la compañía de mis hijos. Separarme de ellos yo, en vez de al revés. Hasta ahora, han sido ellos los que, en un momento u otro de sus vidas, se han ido de vacaciones a donde han querido, con quien han querido y sin pedir permiso, algo que me parece perfecto, pero nunca he sido yo el que se ha ido dejándolos al cargo de la casa y, aunque me da pánico que la acaben quemando, me recuerdo que tienen casi treinta años y yo, a su edad, ya tenía cuatro hijos y lidiaba con cosas mucho peores, así que podrán hacerlo.

—Dios, permite que puedan hacerlo... —susurro para mí mismo—. Que no me quemem la casa o la vendan para pagar un alijo de drogas y...

—Seguimos aquí, papá —dice Julieta cortándome—. Es bastante indignante que pienses así de nosotros, ¿Sabes?

—No, hija, en realidad, no lo es. Solo significa que os conozco.

Ella pone cara de estar ofendida, pero todos sabemos que tengo razón y la risita de Álex no hace sino confirmármelo.

—Puedes estar muy tranquilo, porque no pienso permitir que se pasen de la raya —me asegura Esme.

—¡Que no eres nuestra madre! —exclama Álex ofendido.

—¡No le grites! Ella no tiene la culpa de pensar que sí lo es. Es algo psicológico, pobrecita. —Amelia hace un puchero y Esme la fulmina con la mirada.

—De verdad que me parece increíble que te largues sin mí —sigue diciendo Julieta, que va a la suya, como siempre.

—Cariño, intenta tomarte esto como algo bueno, ¿quieres? —Beso su frente y palmeo su mejilla con cariño—. ¿Quién sabe? Igual, en mi ausencia, encuentras al amor de tu vida.

Esme, Álex y Amelia estallan en carcajadas mientras yo les miro mal, porque no me gusta que se burlen unos de otros. Julieta encontrará un día a alguien que le quiera. Que yo rece a todos los santos para que sea un poquito más formal que mi hija es otro tema que prefiero no tocar ahora, porque me da pánico pensar que acabe encontrando a alguien tan alocado como ella. Una mezcla así no es sana para el

mundo, de verdad que no...

—Ya tiene esa cara otra vez —susurra Amelia.

—Sí, creo que la pone cuando se imagina un futuro de mierda para nosotros —sigue Álex—. Eh, papá, no te preocupes por nada, ¿vale? Tú ve y disfruta de tu crucero, pero recuerda usar forritos. No queremos más hermanos a estas alturas.

—Dios, sí, eso es súper importante. —Julieta asiente y yo los miro mal para que se callen, pero no funciona.

—Pues yo no tendría nada en contra de tener un bebé en casa —dice Amelia.

—Papá debe centrarse en disfrutar de su vida. Ya nos crió a nosotros en su día y estoy segura de que no le han quedado ganas de repetir la experiencia. —Esme me mira y eleva las cejas—. ¿Verdad que no?

—Pues no.

—Ale, venga, dinos en la cara que criarnos ha sido una mierda.

—Julieta, estás demasiado sensible, ¿no crees? —pregunto—. Solo digo que fue muy duro y que ahora que por fin sois personas adultas quiero hacer un viaje, disfrutar en soledad y echar de menos a mis hijos, pero con un mojito en la mano. ¿Es tan malo eso?

Ella tuerce la boca y niega con la cabeza, un poco ruborizada. Bueno, no, ruborizada no está, porque eso en mi hija es imposible, pero sé que por dentro se arrepiente un poco de haberse puesto tan intensa.

Desde aquí, por suerte, ninguno vuelve a quejarse, acabo de hacer las maletas y, para cuando estamos en el aeropuerto, todos sonrían y me aseguran que estarán genial sin mí y que cuidarán de la casa a las mil maravillas.

—Si tienes que alargar tu viaje, hazlo, de verdad, no te preocupes por nosotros. Disfruta ahora que puedes, que te lo has ganado —dice Álex.

Asiento y lo abrazo por respuesta, agradecido con que me anime a hacer esto. Al gesto se unen mis tres hijas, que besan mis hombros y mejillas antes de dejarme marchar. Amelia llora, Julieta se enfada porque dice que parece que me vaya a la guerra, cuando en realidad voy a disfrutar; Esme riñe a Julieta por meterse con Amelia y Álex se tapa los oídos en un acto de inmadurez muy propio de él.

Cruzo la zona de seguridad y me dirijo a mi puerta de embarque sin mirar atrás, porque estoy casi seguro de que siguen armando jaleo y no quiero pensar, ni por un segundo, que tal vez sería mejor quedarme aquí.

Este es mi viaje, mi oportunidad para ser solo Javier, y no el padre de los cuatrillizos.

Esta vez, solo importo yo.

Una noche estrellada, menos de un mes y la necesidad de pasar contigo el resto de mi vida

Primer día de crucero

El barco en el que haré el crucero es mucho mejor de lo que imaginé en un principio. Tengo que confesar que tenía miedo de que estuviese lleno de gente mayor. No es que tenga nada en contra, pero prefería tratar con gente de mi edad y, al parecer, he acertado. Ya me avisaron en la agencia de que tienen por costumbre sentar en las mesas del restaurante a gente que comprende un rango parecido de edad y gustos para propiciar las amistades y, aunque al principio me hizo sentir cohibido, me convenció el hecho de que me prometieran que, si no me apetecía, hay otro restaurante en el que puedo comer solo y sin relacionarme con nadie. En definitiva, ponen a tu alcance estas herramientas para congraciarse, pero no son obligatorias, ni mucho menos.

El barco dispone de casino, piscinas, distintos bares, gimnasio, discoteca y teatro, entre otras cosas y sin contar a los animadores que hacen su trabajo de maravilla. Solo llevo unas horas aquí, pero ya siento que este viaje será especial.

Por la noche elijo un pantalón vaquero y una camisa celeste que hace juego con mis ojos y me favorece, o eso dicen mis hijas. Me miro en el espejo y salgo de mi camarote dispuesto a socializar en la mesa que me ha tocado. Conoceré gente y charlaré sin preocupaciones un rato; puede que de aquí salgan amistades importantes. ¿Quién sabe? Los Sanz han hecho varios cruceros y me han asegurado que han conocido gente maravillosa en ellos.

Llego al restaurante un poco nervioso, la verdad. Soy un hombre muy sociable, pero es cierto que, saliendo de Sin Mar, me pierdo un poco y no trato mucho con la gente. No sé, conozco a tantas personas en mi urbanización que, de alguna forma, cuando salgo me siento un poco antisocial.

Diviso la mesa quince, que es la mía, y me percató de que ya hay tres hombres y tres mujeres sentados. Por un momento me pregunto si serán pareja y me tocará ser el farolillo, pero luego me recuerdo que lo importante es conocer gente y distraerme de mi vida cotidiana, así que me obligo a caminar y, cuando llego a la altura de mis compañeros de mesa, saludo.

—Buenas noches.

—¡Hola! ¿Qué tal? —saluda uno de los hombres, señalando el sitio vacío justo a su lado—. Me llamo Roberto.

—Encantado, Roberto, yo soy Javier.

Le saludo y, acto seguido, me presento al resto de la mesa, que hace lo mismo

conmigo. Tienen mi edad, más o menos, y no han pasado ni cinco minutos cuando estoy riéndome y charlando de temas banales con ellos. Parecen simpáticos y naturales, así que me relajo de inmediato.

—Nosotros venimos porque nuestros hijos se han empeñado en que necesitábamos tiempo a solas —dice una mujer señalando a Antonio, uno de los hombres—. Llevamos casados treinta y dos años y, al final, la rutina acaba imponiéndose.

—Ah, sí, a nosotros nos ha pasado alguna vez —dice Roberto señalando a Alicia, la rubia de enfrente.

—Ah, ¿sois todos parejas? —pregunto.

—No, nosotros nos acabamos de conocer —dice el tercer hombre, señalando a la tercera mujer, que asiente—. Yo soy divorciado.

—Y yo soltera —dice Ana, que así se llama.

—Yo viudo —admito.

—Oh, tan joven... —comenta Alicia con cara de pena.

—Me quedé más joven aún, en realidad —comento con una pequeña sonrisa—. Ella murió hace veintisiete años, durante el parto de nuestros hijos. —El silencio se hace en la mesa y yo me siento incómodo. Mis nervios vuelven y carraspeo—. Hace mucho ya.

—Debió ser muy duro —dice Roberto con voz grave.

—Lo fue, pero, como he dicho, parece que haya pasado un siglo.

Ellos asienten y, como si intuyeran que no quiero hablar más de ello, cambian de tema y pasan a hablar de los hijos, los nietos y lo genial que es ir de crucero. Todos son repetidores de la experiencia y yo me dejo llevar por sus anécdotas, riéndome y reconociendo, pasados unos minutos, que parecen buenas personas. Quizá no lo sean, pero son naturales, abiertos y simpáticos, y eso es todo lo que yo necesito para pasar estas vacaciones.

—¡Buenas noches! —exclama una voz femenina, intentando recuperar el resuello, a mi lado—. Perdón, llego tarde. Soy Sara y esta es mi mesa.

Miro hacia arriba y oigo como todos la saludan mientras yo abro la boca y la miro un poco embobado.

Joder, qué preciosidad...

Tiene acento inglés, aunque habla un perfecto español. Su pelo es negro, su boca grande y sus ojos marrones, expresivos y brillantes. Tiene los labios pintados de rojo y me sorprende hilando fantasías sexuales antes de poder presentarme siquiera. Me frunzo el ceño a mí mismo, carraspeo y me libero del barullo de imágenes que acaban de pasarme por la cabeza para levantarme y presentarme como es debido.

—Soy Javier, encantado.

—Igualmente —susurra ella besando mis dos mejillas—. ¿Español?

—Sí. ¿Tú?

—Estadounidense, pero me encanta España y viajo siempre que puedo allí.

—Oh, genial. Imagino que por eso te han puesto en nuestra mesa, ¿no?

—Sí, suelo pedir que me pongan con españoles. Me fascina vuestro idioma.

Sonrío y nos sentamos. El resto de comensales han dejado de importarme así, de pronto, lo que no sé si es bueno, pero aun así me giro un poco y miro a Sara para ver si ella se integra en alguna conversación. Me sorprende cuando la encuentro mirándome fijamente.

—Tienes unos ojos azules impresionantes, pese a no ser muy grandes, ¿lo sabías?

Abro la boca sorprendido por su cumplido y me río entre dientes, soltando el aire a trompicones. Me doy cuenta de que parezco un niño en su primera cita, cuando está claro que solo intenta ser amable.

—Gracias, tú eres impresionante al completo. —Sara sonrío agradecida y yo carraspeo intentando buscar un tema para hablar con ella—. ¿Es tu primera vez?

Ella se ríe con malicia y yo me ruborizaría, si no fuera porque soy un hombre hecho y derecho. Reconozco que la pregunta, sacada de contexto, tiene lo suyo...

—No, he venido más veces, aunque no siempre con esta compañía. ¿Y tú?

—Es la primera vez que pruebo esto de los cruceros.

—Mmm, un virgen.

Me río de nuevo y pienso que no quiero parecer un paleta que no sabe seguir estos juegos, principalmente porque sí sé. He tenido sexo a lo largo de estos años; no mucho, de acuerdo, pero no soy un monje y no pienso comportarme como tal. Si Sara quiere jugar a coquetear a saco, puedo ponerme a su altura.

—Sí, pero espero que la experiencia sea indolora, la verdad.

—Oh, no te preocupes. Si lo haces bien, es muy placentero.

—Madre mía, chicos, estáis subiendo la temperatura del restaurante, ¿eh? —dice Alicia riéndose.

Sara se ríe y yo no puedo apartar la mirada de su rostro. La temperatura del restaurante no sé, pero la mía ha subido hasta casi reventar el medidor en cuestión de minutos.

La cena transcurre con normalidad, si no tenemos en cuenta las miraditas que Sara me echa y lo mucho que me voy comiendo la cabeza a medida que la noche avanza. ¿Será simple coqueteo, o quiere algo más? ¿Y es normal que ya en la primera noche esté pensando en estas cosas? No he hecho este crucero para tener sexo con mujeres, no era mi idea inicial, pero tampoco voy a quejarme si una preciosidad así está dispuesta a pasar una noche conmigo. Claro que, quizá, ella solo pretenda pasarlo bien, coquetear un poco y no pasar de ahí, lo que sería respetable, pero, ¿cómo sabré yo qué es lo que debo hacer sin sentir que me quedo corto o me sobrepaso?

—Después de la cena la gente suele ir a divertirse a la discoteca. Mañana tengo una excursión organizada, pero me pasaré antes para bailar un poco. ¿Vendrás?

—Solo si me haces de guía —digo con una pequeña sonrisa.

Obviamente, no necesito una guía para entrar en una discoteca, pero teniendo en

cuenta que ella parece lanzada, no he querido ser menos. Su sonrisa me indica que no he pisado en falso.

Acabamos de cenar, nos levantamos y vamos juntos hacia la discoteca. Sara me cuenta que es viuda y cuando le digo que yo también, y que además soy padre de cuatrillizos desde el mismo día en que mi mujer se fue, soy testigo de una de las sonrisas más dulces y tristes que he visto nunca.

—Es muy duro, ¿no? Aunque lo superes y recuperes las ganas de vivir, es duro perder a tu otra mitad.

—Demoledor —admito—, pero de lo mío hace mucho tiempo.

—Sí, de lo mío también. Ahora, cuando pienso en él, no me duele todo el cuerpo. Siento nostalgia, pero soy capaz de sonreír, y eso es un gran paso.

—Te entiendo. Cuando Abi se fue... Bueno, todo se volvió negro. De no haber sido por mis hijos, quizá hubiese cometido una locura.

—Debió ser durísimo quedarse con cuatro bebés, además del duelo. —Asiento, porque negarlo no tiene sentido, y ella suspira—. Nosotros nunca pudimos tener hijos. Lo intentamos, pero yo no puedo... Aun así, su marcha me destrozó. A menudo pensé que, de haber tenido un hijo suyo, al menos me quedaría un recuerdo, pero supongo que tenía que ser así.

—Es bonito, pero doloroso. Durante los primeros años de vida de mis hijos yo sentí que tenía que ser el mejor padre del mundo para compensar que no tuvieran madre. Fue una parte oscura de mi vida y ahora me arrepiento de no haber disfrutado más de los primeros años de mis hijos.

Sara asiente, como si entendiera de qué le estoy hablando y, cuando estamos en la puerta de la discoteca, me mira y sonrío un poco.

—¿Qué te parece si pedimos unas copas y salimos para seguir charlando? Ahí dentro, con la música, es imposible. A no ser que quieras bailar más y hablar menos, claro.

Su sonrisa es sincera y yo no tengo que pensarlo mucho. Bailar no me disgusta, pero hablar con ella es atrayente. Hay algo en su sonrisa, en su voz y en su postura que me embelesa y me gustaría conocer más cosas de su vida. Independientemente de que piense que tenemos química sexual, creo que es una mujer con la que merece la pena pasarse las horas hablando, así que asiento, entramos, pedimos un par de cocteles, salimos y nos vamos hacia la zona de la piscina. Nos sentamos en una hamaca y allí, bajo las estrellas, rodeados por el mar y bebiendo cocteles con nombres extraños y sabores frutales, le cuento cómo fueron mis primeros años sin Abi, cómo me recuperé y cómo he llegado aquí. Me desahogo y lo suelto todo, porque a veces es mucho más fácil hablar con un extraño que no sabe nada de ti, que con alguien que te conoce al dedillo. No tienes que preocuparte por lo que piense y eso es maravilloso. Ella también me cuenta su vida y solo nos movemos de aquí para ir a recargar las bebidas.

En algún punto la discoteca cierra y nos quedamos con una botella de agua, una

borrachera un poco tonta y un cielo que deja de estar estrellado para mostrarnos un amanecer precioso que observamos juntos y en silencio mientras pienso que puede que suene a locura, o que hable por mí el alcohol, pero estoy completamente seguro de que Sara dejará algún tipo de huella en mi vida.

Quinto día de crucero

Sara me espera en el pasillo de mi camarote, así que cuando salgo y la veo no puedo evitar esbozar una sonrisa que ocupa toda mi cara. Llevamos cinco días en este barco, un poco menos de la mitad, y ya estoy sufriendo por el momento en que tenga que separarme de ella. Estoy muerto de sueño, porque las noches se nos pasan hablando y bebiendo cocteles y los días de excursión por las distintas ciudades que visitamos, pero hace años que no me siento tan pletórico por algo que no esté relacionado con mis hijos.

Hemos adoptado una rutina en cuestión de días; horas, diría. Roberto y el resto de «compañeros» de nuestra mesa se ríen de nosotros cada noche, pero no nos importa lo más mínimo y me consta que a Sara, incluso, le divierte. Desayunamos, comemos y cenamos juntos; tomamos copas juntos, paseamos juntos... En definitiva, lo hacemos todo juntos, menos besarnos, tocarnos más de lo debido entre dos simples amigos y, por supuesto, nada de acostarnos.

Es frustrante y desconcertante, porque no sé si estamos así porque ella quiere esperar, porque cree que yo quiero esperar o porque estoy montándome películas y viendo química sexual donde solo hay una bonita amistad. He oído infinidad de veces a Álex hablar de la *friendzone*, nunca he entendido el término, pero estoy empezando a temerlo, porque no sé si voy a acabar ahí en cualquier momento. Me causa ansiedad pensar que Sara pueda conocer a alguien más en este crucero y acabar teniendo algo con él. Ella no dice nada al respecto, al contrario, no hace más que decirme que se lo pasa genial conmigo y que ojalá este crucero no acabara nunca, pero yo no sé si son señales suficientes para lanzarme y besarla, porque si resulta que ella solo quiere mi amistad, quedaré fatal y como un maleducado, y no quiero que piense así de mí.

Mi cabeza va a mil por hora y pienso, con cierta ironía, que yo a este crucero vine a relajarme...

—¿Camiseta? Me gusta, te hace parecer más joven.

—¿Me estás llamando viejo? —pregunto elevando las cejas.

—Nada más lejos de la realidad, eres un chaval. Ahora mismo pasarías por gemelo de tu hijo Álex.

Me río entre dientes y recuerdo que anoche nos pasamos las horas enseñándonos fotos de nuestra gente. Ella de sus amistades; yo de mis hijos, de mi urbanización, de mi vida. Todo esto es tan raro y tan intenso que, a ratos, pienso si no lo estaré

sintiendo solo yo.

—Él entraría en paro cardíaco si supiera que has dicho eso.

—No le hagas parecer un mal chico. Anda, vamos.

—¿No tienes sueño nunca? —pregunto mientras bajamos por la pasarela.

—No desde que te conozco. —Su sonrisa es radiante y se pone unas gafas de sol enormes antes de continuar hablando—. Haces que el cansancio desaparezca, Javier.

—Lo mismo digo, cariño, eres mejor que la cafeína. —Pienso brevemente si seguir un poco más o no, pero cuando unos pasajeros pasan por nuestro por nuestro lado a toda prisa soy consciente de que esto es un crucero, el tiempo corre en nuestra contra y no estoy en la edad, ni en el momento de dejar pasar lo que creo que son oportunidades—. Eres mejor que cualquier droga, en realidad.

—¿Has probado muchas?

—Las suficientes, en mi juventud, para saber que las superas todas.

—Uy, hace mucho de tu juventud.

—También hace mucho desde que hice el amor por primera vez y nunca he olvidado aquella sensación.

Sara suelta una carcajada, se agarra a mi brazo y me hace caminar. Creo que está un poco apurada, pero, aun así, no me avergüenzo. Cinco días son suficientes para saber que estoy atraído al máximo por ella. Si no siente lo mismo, es mejor saberlo ya.

—Es distinto.

—¿Por qué?

—Porque has hecho el amor más veces desde entonces, pero no has tomado más drogas, según deduzco de tus palabras.

Asiento, en eso tiene razón, el ejemplo no es del todo válido, pero, aun así, me agarro a la única salida que veo.

—No he hecho el amor más veces, Sara. He follado más veces, que es distinto. —Ella agacha la mirada y yo hago una mueca—. Lo siento, demasiado brusco.

—Para nada. Eres sincero y es una cualidad que admiro muchísimo. —Suspira y pellizca mi antebrazo con cariño—. Yo tampoco he hecho el amor en mucho, mucho tiempo, Javi.

Asiento una sola vez, nervioso por sus palabras, y caminamos en silencio por las calles de la ciudad que estamos visitando.

Hay algo picando dentro de mí, todavía no sé bien qué es, pero, ¿es normal que me esté preguntando si puede uno tener sentimientos de amor en solo cinco días? Probablemente no.

Esto es una maldita locura, pero por los mares que estamos surcando prometo que lo último que quiero es que se acabe.

Octavo día de crucero

—¿Música en inglés o en español? —pregunto.

—Depende del momento.

—Esa respuesta no sirve.

Sara se ríe y gira la cara, dejando su boca a escasos centímetros de la mía. Estamos en la zona de la piscina, otra vez. Las estrellas siguen brillando, pero hace muchas noches que las veo sin mirarlas, porque todo lo que yo puedo mirar es a ella. Estamos tumbados los dos en una hamaca, yo boca arriba y ella de lado, con la cabeza apoyada en mi hombro, mirando hacia arriba a ratos y hacia mí la mayor parte del tiempo.

—¿Montaña o playa? —pregunta, ignorando mi petición de que hable más claro, así que juego a lo mismo.

—Me valen las dos, si la compañía es buena.

—Mmm este juego así es muy aburrido.

—Tú has empezado.

—Ya, supongo —Sonríe y sigue preguntando—. Las mujeres, ¿rubias o morenas?

—Tú —digo sin vacilar.

Sara guarda silencio, por un momento temo que no lo haya entendido, pero no pasan ni dos segundos antes de que vuelva a hablar.

—Amor a primera vista, ¿existe o no?

Mi corazón da un vuelco, la miro, pero ahora es ella la que mira arriba, al cielo. Sus ojos brillan, su boca está entreabierta y mis deseos de besarla son tantos y tan intensos que a duras penas consigo contestar.

—Tú.

Sara cierra los labios y veo el movimiento que hace su garganta cuando traga saliva.

—Respuesta repetida.

—Mírame —susurro. Ella se resiste un poco, pero aprieto su hombro para infundirle ánimos, o quizá para infundírmelos yo, busco su oreja y poso mis labios en el punto justo para murmurar—. Mírame, Sara. —Lo hace y sonrío cuando nuestras narices se rozan—. Tú —repito—. No sé si existe el amor a primera vista, no sé si existe para todo el mundo y como algo general, pero sé que, para mí, ahora, existes tú, y eso es todo lo que me importa.

Su aliento se estrella en mi boca cuando lo deja ir de una vez justo antes de que sus labios se acerquen a los míos y me bese, por primera vez para los dos. Llevo mi mano a su mejilla y enredo las yemas de mis dedos en su nuca mientras mi pulgar acaricia su cara y parte de su cuello. El beso empieza tímido, pero en cuestión de minutos nos animamos, enredo mi lengua en la suya y, cuando quiero darme cuenta, Sara ha rodado hasta estar encima de mí y yo la abrazo por la cintura mientras nos besamos sin pararnos más que para coger aire. La postura para mí no es obscena, pero creo que si nos pillan sí va a parecerlo y no quiero que nos llamen la atención, así que

la separo de mí, muy a mi pesar, y sonrío apoyando mi frente en la suya.

—Quizá deberíamos ir a un sitio más íntimo.

—¿Tu camarote o el mío?

Abro la boca para contestar y, de primeras, me sale un pequeño tartamudeo. Carraspeo y la miro a los ojos.

—Pensaba en un rincón del barco.

—¿Tienes miedo de mí?

—No, pero no quiero que hagas algo de lo que te arrepientas luego.

Sara se ríe entre dientes, me besa de nuevo y esta vez es ella la que viaja a mi oreja para susurrar ahí.

—No lo haré. ¿Y tú, Javi? ¿Te arrepentirás?

—Nunca.

—Vamos...

Se levanta de la hamaca, mira a mi bragueta y sonrío, complacida por lo que ha provocado. Me levanto y dejo que me guíe hacia su camarote, que es el que está más cercano. Entramos y, cuando la puerta se cierra, la abrazo y la pego a mí. Los besos, las caricias y la respiración entrecortada no tardan en aparecer. La ropa desaparece con rapidez y, cuando ambos nos quedamos solo con la piel, frente a frente, trago saliva, enmarco sus mejillas entre mis manos y le hago una pregunta que, para mí, en este punto, es vital.

—¿Follar o hacer el amor?

Sara sonrío, se pega a mí, haciéndome sentir su calor, y me lleva hacia la cama para subirse sobre mí y abrazarme.

—Lo primero ni siquiera pasaba por mi mente —susurra.

Asiento, dejándole saber que me pasa lo mismo y, por loco que suene, me dejo llevar por los sentimientos que me provoca. Permito que un torrente de emociones cubra nuestros cuerpos y hago el amor por primera vez en muchos, muchos años.

Siento que una parte de mí revive de nuevo y, aunque hay un pequeño rincón que siempre será de Abi, Sara abre la puerta de uno nuevo y se aloja ahí; hace una mudanza exprés y cuando nuestros orgasmos llegan me quedo con la certeza de haber firmado algo importante con sus besos a modo de pluma y nuestros cuerpos entrelazados a modo de contrato.

Último día de crucero

—Vámonos a Irlanda —dice Sara mirándome.

—¿Qué?

—Hay un vuelo directo desde el aeropuerto en el que tenemos que despedirnos.

El barco está llegando al puerto en el que tenemos que desembarcar. Llevamos

pegados como lapas dos semanas y, desde que hicimos el amor por primera vez, no he conseguido apartar mis ojos, mis manos ni mi cuerpo de ella. Las últimas horas han sido un infierno sabiendo que tenemos que separarnos, pero aquí está, hablándome de irnos a Irlanda de pronto, sin un plan concreto; como si fuéramos jóvenes escapando del tiempo y de la posibilidad de distanciarnos.

Sara trabaja con el teléfono móvil y un ordenador, así que no necesita estar en un lugar concreto, y yo ya no trabajo, de modo que no tengo una excusa, salvo que mis hijos están deseando que vuelva y que Julieta está saliendo con un vikingo, o eso dice. Me da mucho miedo esto último y prefiero no pensarlo, porque conociendo a mi hija, igual es un vikingo de verdad y al volver me lo encuentro dando hachazos en el salón de mi casa.

—Si no quieres, no pasa nada, podemos despedirnos en cuanto bajemos de este barco —susurra Sara, seguramente nerviosa por mi falta de respuesta.

—No, no es que no quiera, es que... me has sorprendido.

—¿Para bien?

Sus ojos me miran expectantes y no puedo más que soltar una carcajada, abrazarla y besar su nariz antes de contestar.

—Pues claro que para bien, y pues claro que me voy a Irlanda contigo.

—¿De verdad?

—De verdad. A Irlanda, y al fin del mundo si me lo pides, Sara.

Ella sonrío, me besa y yo siento que el peso que tenía dentro se aligera un poco, porque tendré que despedirme de ella, peor aún no. Todavía no.

Último día en Irlanda

Ni un mes. No hace ni un mes que nos conocemos y aquí estamos: ella llorando y yo con el corazón en la boca, porque nunca pensé que me vería arrodillado en un acantilado, pidiéndole a la mujer más preciosa del mundo que se líe la manta a la cabeza y se case conmigo, aunque parezca una locura.

No sé cómo hemos llegado a este punto, pero ayer, paseando, me fijé en que Sara se quedaba mirando un anillo de un escaparate y, ni corto ni perezoso, me inventé una excusa para deshacerme de ella unos minutos y poder comprarlo a escondidas. La idea era traerla a los acantilados de Moher y dárselo a modo de sorpresa, y aquí estamos...

Cuando me he visto aquí, vapuleado por el viento y sintiendo el mar de fondo, he pensado, no por primera vez, que esto que siento por Sara no es una cosa de dos días. No se trata de una atracción física sin más, porque, aunque me encanta tener sexo con ella, adoro, por encima de todo, la sensación de abrazarla cuando acabamos. Hacerle el amor y pegarla bien a mi cuerpo, dormir a su lado, aspirar su aroma y que me

sonría por las mañanas... Hay tantas cosas que amo de ella a estas alturas que me da igual que pueda parecer precipitado o una locura, porque todo lo que me importa es lo que diga ella y lo que digan mis hijos, cuando les cuente que me fui intentando encontrarme a mí mismo y lo hice, pero en sus brazos.

Pasar el resto de mi vida con ella, más que un deseo, es una necesidad.

—Podrías decir algo, porque estoy empezando a ponerme verdaderamente nervioso, ¿sabes? —susurro cuando siento el pantalón mojado por la parte de la rodilla que tengo clavada en el suelo.

—Javi, yo... sí. ¡Claro que sí! —dejo ir el aire, me levanto y la alzo en brazos mientras aprieto el anillo en un puño y la oigo reír a carcajadas—. Estás loco. Dios mío, estamos locos, Javier.

—Lo estamos, cariño, es verdad, pero no importa, siempre que los dos sintamos lo mismo.

Sara asiente, yo cierro los ojos y, por un momento, siento pánico al pensar que quizá esto sea un sueño y me despierte de la peor manera posible, pero ella me susurra que me quiere y yo me obligo a abrir los ojos y mirarla.

—Te quiero, te adoro —susurro sobre su boca—. Ponte este anillo y prométeme que tú también tienes la necesidad de pasar conmigo el resto de tu vida.

—Te lo prometo —susurra con lágrimas surcando sus mejillas—, pero tus hijos...

—Te aceptarán, estoy seguro.

—No puedes estarlo. ¡Esto es muy precipitado! ¿Qué haremos? ¿Me voy contigo? ¿Vuelvo a Estados Unidos un tiempo? ¿Cómo...?

—Dime qué quieres hacer —susurro—. Yo no voy a obligarte a nada, cariño. Si me preguntas lo que deseo, lo tengo claro, te quiero en mi cama cada noche, pero si sientes que esto va muy rápido y necesitas un tiempo, entonces...

—No, cielo, no necesito ningún tiempo. Quiero tirarme a la piscina, irme contigo y vivir cada día que estemos juntos, aunque salga mal.

—Saldrá bien.

—Pero si sale mal...

—Saldrá bien.

—Y tus hijos...

Me río, porque creo que estamos entrando en bucle, y beso sus labios durante varios minutos, hasta que noto que deja de temblar un poco.

—Mis hijos entienden bastante de locuras, ya te he hablado mucho de ellos, así que estoy seguro de que te adorarán en menos de lo que piensas. —Ella guarda silencio, sé que no está convencida, pero aun así la abrazo y acaricio sus mejillas—. Tuve una mujer extraordinaria una vez, Sara. Abi fue mi vida mientras estuvimos juntos, se fue y me dejó con el corazón roto, pero no he olvidado lo que se siente al amar a alguien. A ti te amo con la misma intensidad, aunque de distinta forma, como estoy seguro de que tú me quieres de una forma distinta a como querías a Steve. —Ella asiente, emocionada, y yo sonrío—. Nosotros nos merecemos esto, porque

perdimos el amor, pero hemos tenido el regalo de volver a encontrarlo y porque a estas alturas de la vida no pienso quedarme con las ganas de amarte, besarte, acariciarte y pasar de todo el que piense que hemos perdido la cordura en alta mar.

Ella se ríe, yo la beso, una vez más y, de pronto, siento un deseo irrefrenable de volver a casa.

Supongo que ahora que siento mi corazón completo, ya no tengo necesidad de recorrer más mundo que el que su cuerpo desnudo me ofrece cada noche.

A los únicos que debo una explicación es a mis hijos, pero confío en que ellos sepan guiarse por su corazón y entiendan que su padre ha encontrado a alguien a quien amar. Y si les queda una mínima duda después de conocer a Sara, que lo dudo, lo entenderán cuando encuentren a los hombres y a la mujer de su vida y se den cuenta de que, cuando el corazón te sangra y te grita algo hasta extenuarse, es de idiotas negarse a sentir; la única opción posible es dejarle actuar, aferrarte a todo lo bueno que la sensación de amar te ofrece y agradecer a la vida el regalo del amor.

En mi caso, además, he tenido la inmensa suerte de sentirlo dos veces, así que desde hoy solo le pido al karma que mis hijos encuentren a alguien a quien amar con esta fuerza y lo hagan pronto, para poder verlos sonreír como lo hago yo; con ganas, con toda la cara y con los ojos.

El día que pueda verlos a todos así mientras Sara, a mi lado, sujeta mi mano, será el día más feliz de mi vida, estoy seguro.

Nota

Sé que much@s ansiáis la historia de Amelia y os prometo que estoy trabajando en ella, pero hace solo una semana sentí la necesidad de contar este pedacito de la vida de Javier y sus hijos. He tardado unos cuantos días en escribir esto, he pasado horas frente a la pantalla y he batido mis propios records a muchos niveles para haceros llegar esta historia justo el día que se cumple un año de *A la de tres: ¡Te quiero!*, así que espero, de corazón, que haya valido la pena y hayáis disfrutado tanto como yo.

Ahora seguiré inmersa en Sin Mar, porque Amelia tiene mucho que contar y yo estoy ansiosa por saber más de su vida. Ojalá pronto pueda daros noticias de ella y...
;)

¡Nos vemos por Sin Mar!

Cherry Chic

Agradecimientos

A mis padres y mi hermana, por hacer de canguros en estos días mientras yo tecleaba sin descanso. ¡Sois los mejores!

A mi hija, por todos los momentos en que se ha conformado con estar en mis brazos mientras yo tecleaba. Por existir y por ser mi mundo, pequeña.

A mi marido, por la paciencia, que es mucha.

A Red Lips por animarme con este loco proyecto, como siempre. Por la preciosa portada, como siempre. Por ser y estar, como siempre. Iloviu.

A Nuria, por aguantar mis crisis, mis audios histéricos y todo el estrés de estos días. Por hacerme hueco incluso en sus vacaciones de Navidad. Me dejas sin palabras. ¡Te quiero!

A las compañeras, que no dejan de animarme, pese a hacer estas locuras.

Al resto de mis amig@s, por aguantarme cuando me pierdo en una conversación, por los despistes y por quererme, pese a todo.

A todas las personas que ya son tan fans de Sin Mar como yo. Aunque esta serie acabe algún día, vosotros la hacéis revivir con cada lectura que hacéis.

A mis lector@s por sus opiniones y críticas constructivas. ¡Ojalá nunca os sintáis defraudad@s por mí!

A los blogs literarios y cuentas de Instagram, Facebook, Twitter y demás redes sociales que me ayudáis a crecer sin pedir nada a cambio. Sin vuestro trabajo esto no sería lo mismo.

A Javier, por dejarme entrar en tu vida y por estos días tan intensos a tu lado. Que seas un personaje de ficción es lo de menos, porque, para mí, ya eres casi, casi real.



Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como CHERRY CHIC. Estoy en la treintena y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña.

Mi vida es sencilla, vivo en el sur rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo. Tengo la inmensa suerte de poder dedicarme a lo que más me gusta, que es dar vida a personajes que solo existen en mi cabeza y contar sus idas y venidas mientras yo río, lloro, disfruto y sufro con ellos, como si fueran mis niños, porque así los siento.

Cuando no estoy escribiendo, me encanta pasear con mi marido y mi hija, pasar tiempo con mi familia, leer, viajar, comer, la música, las zapatillas, las series, los vikingos, la tecnología —*friki* en potencia—, comprarle ropa a Minicherry y los tatuajes. Soy adicta a *Pinterest*, entre otras cosas, y suelo pasar horas y horas en los mundos de yupi, imaginando la vida de personas que solo existen en mi cabeza.